

BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

regreso a las tinieblas

CURTIS GARLAND



REGRESO A LAS TINIEBLAS

CURTIS GARLAND

Colección PUNTO ROJO n.º 590

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 24.151 —1973
ISBN 8442-02520-X
Impreso en España-Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1973

© CURTIS GARLAND —1973 texto
© JORGE NUÑEZ —1973 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona - 1973

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.194. — Ajedrez humano.

En Colección PUNTO ROJO:

587. — Los blancos cisnes sangrientos.

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

PROLOGO

VOLVER...

Volver a la vida. Volver a casa. Volver a todo lo que uno dejó atrás una vez pensando que sería para siempre, para una eternidad hecha de años, de esperas, de amarguras y decaimientos, para un tiempo que nunca terminaría.

Pero todo termina. Todo. Lo bueno y lo malo, lo desesperante y lo esperanzado. Todo.

Termina la propia vida. De modo que lo demás, todo aquello que forma parte de esa vida sea mejor o peor, también tiene su final.

Incluso un hombre que cree que lo perdió todo para siempre, se encuentra de pronto con que no ha sido así. Con que todavía queda algo: la libertad, por ejemplo. La propia vida. El regreso.

Ese era mi caso. En esos momentos, supe que era así. Que nada había terminado realmente para mí, a pesar de todo lo vivido. Que era como volver a empezar. Como volver al principio. A algo que consideré perdido para siempre...

Quizá a mí mismo, entre otras cosas.

* * *

Yo mismo...

¿Quién soy yo? Supongo que toda historia empieza así. Todo héroe debe ser presentado, antes de relatar sus hazañas. Naturalmente, ni yo hice nunca hazaña alguna, ni soy un héroe. No lo fui nunca. No tengo por qué serlo ahora. Quizá, apurando mucho... sea una especie de... antihéroe.

Pero aun así, debo presentarme. Porque estoy hablando de mí mismo. De lo que me sucedió. De lo que está sucediéndome. Y quizá de lo que llegue a sucederme en el futuro... si es que llego a tener siquiera un futuro. Cosa que no parece tan sencillo para mí. No. Yo no tengo quizá ni ese futuro que a todo ser humano le está concedido hasta el fin de su propia vida.

Y es que mi fin puede estar tan cerca...

Tan cerca que, quizá, quizá... esté ahí mismo. A la vuelta de cualquier esquina. Ante mí. Frente a mí. Ahí. Ahora mismo. En este

momento. O dentro de una hora. O tan sólo de un minuto...

Ese puede ser todo mi porvenir. Y la muerte como final. La muerte a manos de alguien que no sé quién pueda ser. Ni por qué desea mi muerte. La muerte estúpida, absurda, oscura e inexplicable.

Porque yo ignoro lo que sucede. Lo que ha sucedido. Y, mucho más, por supuesto, lo que va a suceder. Aunque eso lo imagine, lo sospeche. Y me produzca miedo. Un miedo atroz. No, no soy un cobarde, pero...

Pero tengo miedo.

Miedo por mí. Miedo por los demás. Por otros seres a quienes no quisiera ver nunca en peligro. Personas como... como *ella*.

Pero ¿a qué adelantar acontecimientos? Dije que debía presentarme. Porque todo empieza en mí, sigue conmigo, y morirá conmigo, como todo lo humano.

Yo, ese antihéroe oscuro y en peligro, amenazado y quizá sentenciado, soy Roy Parrish. Recién salido de la penitenciaría. Recién vuelto a la vida.

O, quizá, de regreso a un infierno mil veces peor que el que abandoné hace años, cuando fui sentenciado. Quizá, en el fondo, mi retorno de hoy no sea a la libertad ni a la vida, sino... a las tinieblas mismas que marcaron mi existencia.

Y que, al parecer, siguen marcándola hacia un inexorable final que no puede ser sino mi propio fin. Mi propia muerte. Y, quizá, lo que sea peor aún: la muerte de alguien a quien yo amo...

Esa es la historia. Mi historia. La de un hombre que no pretende ser héroe. Ni puede serlo. La historia de un antihéroe llamado Roy Parrish.

Empezó hace muchos años. Cuando fui sentenciado a la penitenciaría.

Y se reanuda ahora. Cuando he vuelto de ella. Cuando he regresado a la vida, al mundo. Y, con ello, a las tinieblas de mi propia existencia humana, llena de violencia, de pasiones y de sangre...

CAPÍTULO PRIMERO

HACÍA frío aquella noche.

Traté de recordar mientras avanzaba por la acera, entre montículos de sucia nieve. Era natural que hiciese frío. Nueva York era una ciudad muy fría en invierno. Y corría el mes de enero.

Enero. El primer mes de un nuevo año. Del primer año de mi regreso. Todavía quedaban guirnaldas navideñas en algunos establecimientos. Y hasta imágenes de Papá Noel en escaparates de grandes almacenes. Las fiestas de Navidad habían quedado atrás. Pero, aun así, se respiraba algo de todo ello en el ambiente. Quizá fuese la nieve, el frío, las luces, los residuos ornamentales y decorativos de los comerciantes avisados...

Sí. Hacía mucho frío. Levanté el cuello de mi abrigo. Era ligero, poco adecuado a aquella temperatura. Un liviano abrigo de mezclilla gris, propio del otoño y no de un crudo invierno. Eso se arreglaría pronto. Habría otras prendas para suplir aquélla. Era de suponer que mi guardarropa, en casa, estaría bien provisto para tal contingencia.

Eso, si Gladys no había vaciado todo aquello de viejas prendas...

Gladys...

Sentí un leve estremecimiento. El nombre de ella, su imagen serena, apacible, de ojos pardos, cabello claro, boca risueña, lo había provocado en mí.

Gladys...

Me pregunté cómo iban a ser ahora las cosas. Cómo reaccionaría ella. Y los demás. Amigos, conocidos, gente que me esperaba en el mundo. Aquel mundo al que yo regresaba después de un tiempo, de un largo espacio en blanco...

Hundí las manos en los bolsillos. Seguí adelante, entre ramalazos de nieve. El viento era seco y cortante. El cielo de Manhattan aparecía encapotado, sombrío, inclemente como todo lo que me rodeaba. Aun así, la noche me parecía maravillosa. Respiraba aire helado, sentía contra mi cuerpo el frío de la intemperie invernal. Eran sensaciones casi embriagadoras. Mucha gente no hubiera entendido eso. Yo sí lo entendía. Y era suficiente. Supuse que también el jefe de carceleros Kingsby lo hubiera entendido.

Había sido él quien apretó mi mano con fuerza y me dijo aquella tarde, mientras la nieve dejaba caer sus últimos copos sobre el paisaje

triste y sombrío:

—Buena suerte, Parrish. Si no vuelve nunca por aquí, significará que la ha tenido.

—No pienso volver jamás —le dije.

Él se encogió de hombros al oír esas palabras. Me contempló con cierta conmisericordia. Y su respuesta no resultó demasiado optimista, a fin de cuentas:

—Muchos otros dijeron eso mismo, Parrish. Y les vi volver más tarde. Con las condenas aún más largas. Espero que no sea usted uno de ellos. No me gustaría, la verdad. Creo que tiene condiciones para vivir tranquilo lejos de estos muros...

Fue la despedida de la penitenciaría. Luego, el viaje penoso a la ciudad, al centro urbano. Los muros grises y las rejas quedaron atrás. En ellos, una gran parte de mi vida y de mi pasado.

Quería dejar eso allí atrás, con la propia prisión. No pensar en ello. No mirar sino hacia adelante, hacia el futuro, hacia la vida que volvía a abrirse ante mí.

Nadie había ido a esperarme. Imaginé que a nadie le gustaría tal cosa. No es lo mismo ir a una estación, a esperar un tren o un autobús. La puerta de una cárcel no es un lugar agradable para la espera.

Ni siquiera Gladys estaba allí.

Respiré con fuerza. Me detuve. Alcé los ojos. Miré el indicador del cruce de calles, festoneado de nieve helada:

Calle Catorce Oeste (Séptima Avenida).

Era allí. Había llegado. Solamente unos edificios más arriba, en la Catorce Oeste, mi casa...

Y en ella, esperando, Gladys.

Gladys, con la cena quizá ya fría. Gladys, contando los minutos, hasta que yo, su esposo, llegara ante la puerta y pulsara el timbre...

Avancé, tras tomar aliento. Estaba empezando a nevar otra vez, con copos menudos y gélidos, que salpicaron los hombros de mi abrigo *tweed*, gastado y deslucido, los cabellos oscuros, mi rostro aterido...

Llegué al edificio de ladrillos rojos. Alcé la cabeza. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete...

Siete pisos. Era allí, no había duda. Hubiera reconocido aquella casa en cualquier lugar. No podía ser otra. A pesar del tiempo transcurrido... era allí.

El séptimo piso. El último. Luz en las ventanas. Dos luces, exactamente. Ventanas de guillotina, visillos opacos, estampados...

Era allí. Avancé hasta la puerta. Tenía llave. En mi bolsillo. La vieja llave dorada, gastada en los bordes... La contemplé en mi mano enrojecida por el frío cortante. La introduje en la cerradura. Giró sin dificultades. La puerta se abrió. No era preciso llamar al piso para que

me abriesen por medio del sistema automático.

Me encaré al vestíbulo débilmente iluminado, a la escalera, al viejo ascensor de puerta enrejada, sólido y confortable. Era como andar entre sombras, en un sueño. Un sueño acariciado durante meses o años, allá en la celda número sesenta y dos de la penitenciaría...

Entré en el ascensor. Pulsé el botón de la séptima planta. Subió, suavemente, sin ruido apenas. Pese a su antigüedad, estaba bien cuidado, engrasados sus cables...

Ya estaba. Séptimo piso. Salí del ascensor. Me detuve en el rellano de dos puertas. Miré, angustiado, a mi izquierda.

—Dios mío... —susurré. Y leí en la placa de la puerta: «Señor y señora Parrish». Todavía igual que entonces. Sin alteraciones, a pesar de una ausencia de años...

Avancé, decidido. Tenía que hacerlo. Si ahora me faltaba el valor y huía..., sabía que ya nunca volvería a reunir el suficiente para volver, para llamar, para enfrentarme a Gladys, a mi propia vida, a mi pasado y a mi futuro.

La efigie de Gladys aparecía nítida en mi recuerdo. Los ojos pardos y graves, el cabello oro viejo, el rostro ovalado, pálido y sereno, la expresión inteligente y dubitativa...

Era el hogar. El regreso a algo que significaba mucho para un hombre como yo. El fin de una pesadilla. El retorno a mí mismo, quizá.

Era la comida hogareña, el lecho confortable, un empleo en el más breve espacio de tiempo posible, proyectos, sueños, esperanzas... Era todo eso y mucho más. Era, también y sobre todo, Gladys.

Gladys... y yo.

Todo lo que valía la pena. Todo lo que significaba algo. Todo lo que podía esperar para ser, de nuevo, un hombre con una razón para vivir, para volver al mundo, a lo que había dejado atrás en mi pasado vergonzoso y culpable...

Pulsé el timbre.

Fue un impulso súbito, decidido, irreprimible. Una decisión inquebrantable y rotunda. Una lucha conmigo mismo, en la que mi voluntad había salido vencedora sin reflexiones inútiles o perjudiciales.

Fue mi victoria sobre mí mismo. Una presión firme, decidida, de mi dedo índice en el botón de llamada.

Oí dentro de la casa el repiqueteo musical, apacible, incapaz de crispar los nervios, pero que acaso a ella sí logró ponerla nerviosa en ese preciso momento.

Había luz en casa. Y, además, había gente. Debía de estar ella. Porque me llegó, lejano y nítido, el choque de dos platos, el tintineo de un cubierto al golpear el suelo, acaso cayendo por su respingo de sobresalto...

Siguió un silencio. Sabía que me había oído. Aun así, insistí. Pulsé de nuevo el timbre del llamador. El único ruido que percibí ahora, fue el de unos pasos. Unas pisadas que se aproximaban a la puerta, lentos, como en forma vacilante.

Esperé. Mi corazón golpeaba con fuerza. Era como si rebotase alocado, dentro de mi caja torácica. Contuve el aliento. Controlé del mejor modo posible mis emociones. Sentí que mis uñas se clavaban en mis propias manos, al hincar los dedos en mis palmas apretadas, convulsas.

Luego, de repente, la puerta se abrió.

Me encontré frente a Gladys, mi esposa.

Frente a sus ojos pardos y suaves, de mirada profunda. Frente al óvalo pálido de su bella faz serena, donde la boca era una carnosa nota roja. Frente a aquellos cabellos dorado oscuros, peinados con sencillez, como al descuido.

Nos quedamos mirando en silencio, largamente. Ninguno habló durante unos segundos que parecieron siglos.

Luego, fui yo el primero en romper ese difícil silencio:

—Gladys... —musité, sin atinar a decir más.

Ella siguió mirándome. No supe lo que respondería.

De lo que estoy seguro es de que lo que ella dijo, jamás lo hubiera esperado.

—¿Quién es usted, señor? —me preguntó fríamente—. ¿Quién le ha dejado subir hasta aquí?

* * *

El mazazo fue demoledor.

Me quedé perplejo, mudo. Helado como el aire exterior, en la noche de nieve y frío cierzo invernal. Incrédulo, sacudí la cabeza ante la mirada de ella, glacial como el propio clima de Manhattan.

—Gladys... —susurré—. Extraño modo el tuyo de bromear...

Enarcó ella sus cejas. El brillo de sus ojos era inquieto, como medroso. Parecía temer algo de mí, no sé el qué.

—Debe estar confundido, señor —recitó con frialdad—. No le conozco de nada, ni creo que usted me conozca a mí.

—Pero, Gladys, yo... —avancé, decidido a cruzar el umbral, a entrar en el piso.

—¿Qué pretende? —se irguió ella, palideciendo. Me contempló con agresividad—. Si intenta algo, gritaré. Pediré auxilio.

Era grotesco. Aquello no tenía sentido. Ella era mi esposa. Y me estaba tratando como a un perfecto desconocido. Como a un

merodeador.

—Gladys, por Dios —repliqué—. No sé lo que te sucede, pero éste no es modo de recibir a un hombre cansado, vencido, cuya única esperanza está en su hogar.

—Si usted no está loco, será mejor que se marche antes de que pida ayuda. Mi vecino es policía. Acudirá en cuanto grite. Y usted va a pasarlo mal.

—¿Policía? —miré a la otra puerta. Me estremecí. Y, de repente, recordé—: Oh, claro... Es él... Martin Clarke, el patrullero...

—El sargento Clarke, de patrullas —rectificó ella glacialmente—. Sí, usted lo sabe muy bien, según veo. ¿Por qué se arriesga entonces? ¿Qué tontería es ésta, señor?

—Sargento Clarke... Vaya, veo que prosperó en estos años... ¡Oh, Gladys, por el amor de Dios, deja esas estupideces ya! —me enfurecí, presionando contra la puerta—. ¡Soy yo, tu esposo, y tienes que dejarme entrar en mi casa!

Cargué contra la puerta y contra ella. Evidentemente, aunque yo no supiera la razón, fue un error. Un grave error, porque ella gritó de súbito.

Gritó, con voz potente, pidiendo auxilio. Resistió, sujetando la puerta contra mí, evitando que mi pie forzara la hoja de madera, pero sin impedir que yo siguiera manteniendo abierta la misma.

Me sentía terriblemente furioso por aquella actitud insólita y completamente ridícula, además, de mi propia mujer. No era el recibimiento adecuado para un hombre que lleva años fuera de su hogar. Ni siquiera había revelado la menor emoción en su gesto o en su mirada al verme. Como si, en realidad, se encarase a un desconocido completo. Y yo no podía ser un desconocido para ella. Porque, además, sobre su identidad, no había duda.

Era Gladys Parrish. Era mi esposa y eso bastaba. No hubiera podido equivocarme jamás. Ni confundirla con ninguna otra mujer.

A sus gritos, se abrió la puerta de enfrente. Giré la cabeza, sin dejar de forcejear por entrar en mi casa. Gladys seguía pidiendo ayuda con desesperación, como si se enfrentase a un criminal y no a su propio esposo. Que yo fuera culpable de algo, que yo hubiera estado en prisión, convicto y confeso por un delito, no podía justificar en modo alguno su actitud.

—¡Eh, usted! —tronó una voz—. ¿Qué mil diablos pretende hacer?

Reconocí a mi vecino. Más grueso, algo más viejo, con menos cabello. Igualmente fuerte, corpulento, decidido. Era Martin Clarke, patrullero de la Metropolitana. Sargento, según ella, en estos momentos...

—Martin, ayúdame —pedí—. Gladys no me reconoce, se comporta

extrañamente...

—¿Quién es usted? —farfulló el policía, mirándome acusador, con cara de pocos amigos. Su rostro ancho y vigoroso reveló desorientación, pero también hostilidad—. No nos hemos visto nunca. Y será mejor que se aparte de ahí y deje de molestar a la señora.

—Pero, Martin, ¿es que tampoco tú vas a reconocerme? —aullé, desconcertado—. ¡Soy yo, Roy Parrish, el esposo de Gladys!

Sucedió algo pasmoso. Gladys, a mi espalda, exhaló un grito ronco. Giré la cabeza y la vi caer con los ojos en blanco, tremendamente pálida. Su cuerpo golpeó sordamente la alfombra del recibidor.

—¿Está loco? —masculló el sargento Clarke, que vestía un suéter grueso encima de su camisa de uniforme y sus pantalones de patrullero. Avanzó hacia mí, con sus recios puños a punto—. No le he visto en mi vida, ni usted es Roy Parrish. ¿Qué pretendió? ¿Asustar a la señora tal vez? Yo le voy a meter en vereda, amigo...

Y se lanzó, decidido, sobre mí, jurando entre dientes con mal humor.

O yo estaba loco, o todos ellos lo estaban. Pero de un modo u otro, si me quedaba pasivo ante Clarke, éste iba a desfigurar para siempre mi rostro, y entonces sí que nadie sería capaz de identificarme. Conocía bien la fuerza de sus puños y el modo que tenía de arreglar las cuentas a los tipos que le caían mal.

Me aparté, con agilidad, evitando su primer golpe, y le grité con voz ronca:

—¡Martin! ¿Es que todos estáis locos? ¡Soy Parrish, tienes que reconocerme como yo a ti! ¡He salido hoy de prisión, he vuelto a casa... y me encuentro con esto! ¿Qué es lo que pretendéis hacerme ahora? ¿Encerrarme acaso en un manicomio de por vida?

Su puño volvía a buscarme, insistente, con toda la fuerza de las doscientas libras de peso del patrullero Clarke como aval de su contundencia. De nuevo lo evité, con una finta casi milagrosa. El «jzzzuuummm!» virulento de sus nudillos, silbando en el aire junto a mi rostro, me demostró que él, cuando menos, no estaba bromeando. De haberme alcanzado, hubiese aplastado mi nariz sin remedio, y posiblemente mi dentadura hubiese quedado arrasada también.

Su propio impulso le venció esta vez. Al apartarme yo, le vi caer, dando volteretas por los escalones. Se pegó contra el muro, en el primer rellano, resopló con fuerza, y se quedó absolutamente quieto, totalmente groggy.

A mis espaldas, alguien asomó por la puerta del piso de Clarke. Reconocí el rostro bajo los cabellos levemente canosos. Era Margaret, su esposa. La miré, vacilante, inclinado sobre su marido.

—Marge, por favor —rogué—. Trata de explicarles... Tú debes reconocerme... Soy Roy. Roy Parrish... Tu marido me atacó como si

estuviera loco. Y Gladys se ha desvanecido. Yo...

Me detuve, atónito.

Tras escucharme, Margaret Clarke había elevado estridente, repentinamente, su tono, emitiendo un alarido que retumbó en toda la escalera de la casa:

—¡Favor! ¡Socorro! ¡Un maleante ha atacado a Martin! ¡Quiere robar en casa de la señora Parrish! ¡Socorro!..

Me sentí aturdido, golpeado brutalmente por aquel cúmulo de insólitas e inexplicables circunstancias. Miré a Gladys, inconsciente. A Clarke, desvanecido por el golpe sufrido. Y a su esposa, mirándome con terror, gritando despavorida...

En otros pisos capté ruidos, pisadas, voces... No esperé a más. Aquello no tenía sentido, pero yo no podía esperar. Era inútil hacerlo, y lo presentía. Si los Clarke y mi propia esposa no me reconocían, ¿quién iba a hacerlo en aquel mundo de locos?

Me precipité escaleras abajo, sin esperar a nuevos disparates. No utilicé el ascensor. Mis piernas eran más rápidas que cualquier mecanismo en estos momentos. Me sentía asustado, y ni siquiera sabía por qué. Pero mi instinto me avisaba de que era preciso huir, escapar de allí a toda costa, aunque no fuese responsable de nada.

Salvé los pisos como una centella, mientras los gritos de Margaret Clarke lo conmovían todo. Algunas puertas se iban abriendo a mi paso, y los hombres y mujeres que asomaban, en su mayoría conocidos, familiares en mi recuerdo, como vecinos míos que eran, me contemplaban con recelo y temor, como quien ve ante sí a un enemigo peligroso. Nadie dio señal de identificarme.

Un joven, en la segunda planta, intentó detenerme. Iba en camiseta, pese a la fría noche, quizá porque en su casa la temperatura fuese agradable, y llevaba impreso en la prenda el nombre y distintivo de una famosa Universidad norteamericana.

Eludí sus manos y le coloqué un mazazo seco y preciso en el mentón. El tipo exhaló un grito ronco y se fue atrás, dando una voltereta antes de quedarse inmóvil entre los escalones. Yo salté por encima de él, mientras una mujer gritaba:

—¡Mi Johnny, mi pobre Johnny! ¡Le ha matado! ¡Ese loco ha matado a mi hijo Johnny!..

No me detuve a replicarle. Sabía que no había matado a nadie, y aquel jovencito, Johnny, me hizo recordar algo: los Marvin vivían en el segundo piso. Un muchacho, Johnny Marvin, era casi un niño cuando yo le vi por última vez. Sin duda, se trataba de él. Ahora era casi un hombre. Por eso no le había reconocido.

No me detuve. Salvé la planta inferior, llegué a la salida, y me encontré de súbito en la calle, bajo la nieve que caía en copos menudos

y fríos, con todas las ventanas encendidas, como ojos luminosos abiertos a la gélida noche invernal.

Y sin saber por qué ni hacia dónde, corrí, corrí y corrí...

Huyendo de algo que no entendía. De algo que no tenía sentido. De algo que mi mente no podía concebir en modo alguno, pero que mi instinto decía que era peligroso, sumamente peligroso...

* * *

No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Ni dónde estaba siquiera.

La ciudad, en torno mío, era un laberinto de asfalto, cemento y nieve. Un cruce cualquiera, una travesía de Manhattan. A dos, a diez o a cien manzanas de mi casa en la Calle Catorce Oeste...

Estaba sin aliento. Me apoyé en un muro. La luz parpadeante de un rótulo luminoso me teñía de azul intermitente. Sonaba música en alguna parte. Circulaban pocos coches. Era tarde, y hacía demasiado frío. La nevada era ya copiosa, y el suelo estaba helado antes de que empezasen a caer los copos sobre Nueva York.

—Dios mío... —gemí entre dientes—. Dios mío, ¿qué sucede?

Nadie podía responderme. Estaba solo. Solo en la noche. Solo conmigo mismo. Huyendo de algo que no entendía. Yo no había hecho nada malo. Yo no tenía por qué escapar. Y, sin embargo, estaba escapando, alejándome de mi propio hogar...

Miré el letrero azul, parpadeante: «Mickey's».

Era un bar. Como otro cualquiera. Un bar pequeño, impersonal. Pero era un bar, y eso bastaba. Necesitaba tomar algo, recuperar el aliento. Y la serenidad. Sobre todo, la serenidad.

Entré. Era largo, frío y funcional. Un mostrador alargado, una gramola y una máquina electrónica en un rincón. Algunos clientes, o muchos, bebiendo en silencio. Un *barman*. Y una chica de aire dudoso, al final del mostrador, con las piernas cruzadas. Tenía bonitas pantorrillas. Y bien torneados muslos. Por eso quizá no le importaba exhibirlo todo generosamente. Formaba parte de su trabajo. Hay cosas que nunca cambian, por muchos años que transcurran. Cosas que son iguales, antes o después de haber pasado uno por una penitenciaría...

Me sonrió y me guiñó un ojo. No la hice caso. No era eso lo que buscaba. Pedí un vaso de whisky sin soda ni hielo. Lo apuré de un trago y pedí otro, poniendo un billete encima del mostrador. El *barman* me miró preocupado, por si era un tipo embriagado. Pareció notar que no era así, y se tranquilizó. El segundo trago resultó más lento y me confortó también algo más.

Por el dinero que me devolvieron, intuí que el nivel de vida era más elevado que antes de ir a prisión. Al menos, los precios eran superiores.

Y mi dinero, muy escaso. Conté mis billetes, pensativo. Era todo lo que recuperé al salir de la prisión. Ciento quince dólares y unas monedas. No era demasiado, contando con mi falta de empleo... y, sobre todo, con mi fracaso en el retorno al hogar.

—¿Me invitas a algo, querido?

Me volví. Era la muchacha de las piernas cruzadas. Se había pasado a un asiento inmediato a mí, repitiendo su postura favorita. Pero subiendo su falda unas pulgadas más sobre el muslo. Negué con la cabeza, fríamente.

—No —dije—. No te convidó, preciosa.

Enarcó las cejas. Parecía ofendida. Al erguirse, reveló que su torso era muy respetable, aunque yo ignoraba si era completamente natural o ficticio.

—Eres un fresco —me acusó, malhumorada.

—No. Solamente soy un tipo sin dinero —repliqué, encogiéndome de hombros.

—¿Entonces qué era eso que contabas antes? ¿Boletos de una tómbola?

—De la tómbola del tío Sam —reí, irónico—. Sí, es dinero. Todo el que tengo para el resto de mi vida.

—Eso no tiene gracia, ni siquiera como Chiste —me objetó.

—No pretendo que lo tenga. Es la verdad, encanto.

—Tengo pupila para el dinero. Al menos había cien dólares. Puedes pasar una buena noche con esos fondos.

Diversión, bebida... —me guiñó el ojo, maliciosa—. Y todo lo que un tipo joven y guapo como tú puede querer.

—Lo siento. No me seduce la idea de comer mañana una bolsa de patatas fritas durante todo el día. Ya te dije que es todo lo que tengo.

—Pareces lo bastante fuerte y listo para trabajar en algo, ¿no? Y el que trabaja gana dinero...

—Claro. Sólo que yo no trabajo. No tengo empleo.

—Búscalo, si tanto te disgusta no tener dinero. Sobran trabajos, ¿no?

—Depende —suspiré. La miré, bajando mis ojos hasta sus piernas atractivas. Sacudí la cabeza y pedí al *barman*, con resignación—. Está bien, sirve a la chica lo que quiera.

Ella me sonrió, pidiendo un *gin-fizz*. Puse mi mano en su rodilla, cubierta de suave nylon, y ella no se retiró. En vez de eso, se inclinó hacia mí.

—¿Te pasa algo? —indagó—. Eres un chico raro...

—Debo serlo —asentí—. Lo cierto es que acabo de salir de un sitio de donde la gente parece llevar consigo un sello de indeseable, encanto. ¿Vas comprendiendo?

—Sí —afirmó. Movi6 su cabeza rubia, de un rubio artificioso, como su rostro maquillado—. La c6rcel, ¿no es eso?

—Sí, es eso —convine despacio. Extendí las manos, y puse luego un billete en el mostrador, tras apurar mi segundo whisky—. Sirva otro, amigo. El 6ltimo por esta noche, no me mire así. No pienso embriagarme. Nunca lo hice..., que yo sepa.

—No es mi problema, se6or —se encogió de hombros el *barman*—. De todos modos, me alegra que no piense embriagarse. Temo a los clientes ebrios.

Me sirvi6 el vaso. Lo tomé despacio, mientras la rubia apuraba su *gin-fizz* con aire de estar m6s sedienta que un explorador perdido en el desierto.

—No es tan malo haber estado en la c6rcel, amigo —me dijo ella—. Pueden darle trabajo. Hiciera lo que hiciera, ya pag6 su deuda, ¿no es cierto?

—Eso supongo —di una suave palmada en su muslo—. Pero sigo teniendo s6lo ciento y pico de d6lares, ning6n sitio adonde ir... y ning6n trabajo por hacer. No puedo pensar en divertirme esta noche. No en esas circunstancias, rubia.

—Mi nombre es Peggy. ¿Y el tuyo, cari6o?

—Roy... Roy Parrish —dije, con un suspiro—. Aunque he empezado a dudarle esta misma noche...

—Parrish, ¿no tienes familia? —se interes6 ella, mir6ndome fijamente.

—No —negué—. No tengo familia...

Y no mentía. Mi familia había resultado un factor negativo. Como mis vecinos. Como todo lo que era un aliciente para mí al abandonar la penitenciaría. En esas circunstancias, mi frase no era ninguna falta a la verdad. Estaba solo. Absolutamente solo. Junto a una profesional de la noche, ante un whisky, en un bar desconocido. Eso era todo lo que, hasta ahora, me había dado mi nueva vida de libertad, lejos de los muros grises y de las rejas penales.

—Entonces, ¿d6nde pasas las noches? —me pregunt6.

—¿Las noches? —reí entre dientes, sacudiendo la cabeza—. La noche, Peggy. La noche. Es mi primera noche fuera de... de la prisión. A6n no he buscado hotel. Pero supongo que ser6 f6cil encontrar alojamiento en esta 6poca del a6o.

—Ya tienes alojamiento —ri6, mir6ndome con picardía—. Tengo una casa. No est6 en la Quinta Avenida ni es un palacio. Pero servir6 para tu primera noche de libertad. Vamos, ven conmigo, Roy.

—¿A tu casa? —fruncí el ce6o, estudi6ndola de soslayo.

—Claro —se puso en pie, terminando su *gin-fizz*—. ¿Ad6nde, si no?

—Peggy, recuerda esto: no tengo dinero. El que llevo es para mí. No

pienso...

—¿Quién habló de eso? —se burló ella—. Te he dicho que vengas conmigo. Y que descanses en un hogar sin rejas. Eso es todo.

Se encaminó a la salida, contoneando sus caderas. No sabía qué hacer. Pero la seguí. Quizá porque tampoco tenía adónde ir. Porque nadie se había ocupado aún de mí, salvo aquella muchacha rubia de vida equívoca.

Ya tenía un techo, un hogar donde pasar mi primera noche de hombre libre. Yo, que salí de la prisión para ir a mi casa. A mi propia casa, junto a mi esposa...

No era culpa mía. Ni siquiera de la muchacha rubia llamada Peggy. Ella, cuando menos, me ofrecía algo, a cambio de nada.

Por eso acepté.

Capítulo II

No nevaba ya.

El día era frío y gris, pero sin copos de nieve. Visto desde aquella ventana, Manhattan era una especie de agrupación de colmenas, entre agujas de hielo. La temperatura debía de ser muy baja, pero la calefacción y el ambiente acogedor resultaban lo bastante eficaces para combatir ese exterior inclemente.

Agoté el cigarrillo, paseando por el *living*. En la cocina, algo empezó a bullir. La voz de la rubia Peggy me llegó envuelta en el olor a café:

—Todo a punto, Roy. Enseguida estará el desayuno.

Miré mi reloj. Extraña hora de desayunar. Eran las once de la mañana. Acostumbrado a la prisión, con su rígido horario, aquello me resultó insólito. Y agradable también. Miré el teléfono. Me encaminé a él, tras una duda.

Tal vez no valía la pena, pero quería probar otra vez. Y probé.

El número telefónico estaba grabado en mi mente. Era un recuerdo fijó, inconfundible. Marqué las cifras sin una sola vacilación. Como si lo hubiera hecho día a día durante todo aquel mes. Como si la prisión no hubiese existido, igual que un paréntesis gris y demoledor entre el pasado y el presente.

Descolgaron el auricular al otro extremo del hilo. La voz femenina sonó en mis oídos:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Gladys... —murmuré—. Soy yo. Roy... Tu esposo, ¿me oyes?

—¡No, no, otra vez no! —chilló en mi oído la voz, estridente—. ¡No puede ser!..

—Pero Gladys, por favor... No sé lo que sucedió anoche. Soy yo, tienes que reconocerme...

—¿Quién es usted? ¡Maldito sea! ¿Qué pretende? ¡Está volviéndome loca!..

Percibí su alarido histérico, sus sollozos. Y luego, el seco «clic» del golpetazo del teléfono al ser colgado. Tras ello, el silencio absoluto.

Alcé los ojos, sintiendo que mi mano temblaba. Aquello era excesivo. Gladys continuaba pensando en mí como en un demente o un suplantador. Y yo... ¡yo era Roy Parrish, su esposo!

Clavé la mirada en Peggy. Su pelo rubio artificial caía en cascada

sobre sus hombros. Iba con su batín corto y translúcido sobre sus curvas exuberantes. Traía la bandeja con el café humeante, las tostadas, la mantequilla y la mermelada. Se quedó parada en la puerta del *living*, mirándome con cierto disgusto.

—Me dijiste que no tenías familia... —se quejó, dolida.

—Y es lo cierto —asentí, señalando el teléfono al colgar—. No quiere reconocerme. No sé lo que ha sucedido o lo que le dijeron, pero mi esposa no me reconoce, Peggy.

—Eso no tiene sentido. Es una tontería, Roy.

—Claro —asentí—. Es una tontería. Lo sé muy bien. No puedo entenderlo, pero ella... ella me echó de casa. Mis vecinos me persiguieron. ¡Nadie me quiso reconocer anoche! Y aun ahora... todo sigue igual. Es algo que no puedo entender, Peggy...

—Vete, Roy Parrish —silabeó, trémula—. ¡Vete, farsante! Te acogí en mi casa creyendo tu historia de anoche. No me gusta recibir a hombres casados a quienes su esposa arroja de casa... ¡y menos cuando salen de presidio y no me dan un solo dólar, maldito truhán!

—Peggy, yo te explicaré... —traté de calmarla.

—¡No quiero que me expliques nada! —tiró contra el suelo, furiosamente, la bandeja. El café se derramó, el azúcar y las tostadas formaron un amasijo extremo en la alfombra, y los recipientes de loza se quebraron con estrépito. Ella chilló, señalándome la puerta con ira—. ¡Vete, vete de una maldita vez, farsante, embustero, delincuente!..

Salí de su apartamento, pequeño y confortable. El frío de la escalera me acogió como una cuchillada, abrigo al brazo. Me eché la prenda por encima de los hombros, corrí hacia el ascensor, mientras Peggy sollozaba y gritaba dentro de su vivienda.

Una vez más, me arrojaban de alguna parte, como si fuese un apestado. Parecía ser mi actual destino. Extraño, adverso e inquietante destino.

Descendí despacio a la calle. Salí a la acera nevada. Me alejé de la vivienda de Peggy, mía rubia muñeca de la noche de Manhattan, bajo cuyo techo estuve unas horas, casi como un invitado compasivamente acogido...

Y ahora..., vuelta a empezar.

Pero a empezar..., ¿por dónde?

Sí, ¿por dónde? Si yo era Roy Parrish, un hombre rechazado por todos..., ¿dónde podría estar mi destino?

Mi esposa, mis vecinos, me habían rechazado ya abierta, brutalmente. Incluso negaban que yo fuese quien decía ser.

Entonces, si los amigos fallan..., quedan los enemigos.

Los enemigos. *Mis* enemigos.

Me detuve junto a una boca de riego cubierta de espesa nieve

crujiente, helada. Me cubrí del frío aire cortante subiendo las solapas de mi abrigo *tweed*.

—Sí —murmuré—. ¿Por qué no? Los enemigos...

* * *

Duke Diamond me miró fríamente. Entre los azules ojos helados, su nariz era una especie de acerado gancho hendiendo el aire y tratando de extraer algo de él. La boca, a su sombra, era solamente una grieta, una línea apretada y dura, sin expresión alguna.

—¿A quién quiere ver? —preguntó, glacial.

—A ti, Duke —repliqué.

Su cara era como tallada en piedra viva. No se alteró lo más mínimo. No tuvo la más leve emoción humana visible.

—Temo no entender —dijo, seco.

—Es fácil —sonreí—. He vuelto, Duke.

—¿Y eso qué significa?

—¿Tú qué crees? —di dos pasos hacia él—. Cuando he vuelto es por alguna razón, ¿no?

—Estoy esperando saberla. Si alguna vez estuvo en mi local, supongo que habrá vuelto porque fue de su gusto, amigo. Pero eso no justifica que me hiciera llamar para hablar conmigo.

Le miré, aturdido. Empezaba a sentir unas palpitaciones febriles en mis sienes. Aquello era ya demasiado. Como para enloquecer.

—Duke... —murmuré, acercándome a él—. ¿Es que no me conoces ahora?

Me miró fijo, frío. Sus ojos eran como dos agujas de acero, intentando taladrar mi propio rostro, mi mente acaso. Luego, habló despacio:

—No —y meneó la cabeza de un lado a otro—. No le conozco en absoluto.

Me eché atrás. Aquello era inverosímil. Duke Diamond era la última persona en el mundo que no me reconocería.

—¿Te has vuelto loco? —mascullé—. ¡Soy el mismo de siempre! ¡Estos años no pudieron alterarme tanto! ¡Sigo siendo el Roy Parrish que has conocido antes de ese tiempo de prisión, estúpido!

Su faz pareció vibrar como lo haría un peñasco de granito bajo la acción de un temblor de tierra. Los ojos centellearon. Vi blanquear los nudillos de sus manos, apoyadas en el respaldo de la silla, en aquel rincón de su club nocturno, en esos momentos sometido al proceso matinal de limpieza.

—Cuidado con lo que dice —silabeó—. No me gusta que me

ofendan. Y menos sin razón. Usted está sin duda en un error. Es mejor que se marche. Mi local está abierto todo el día, pero solamente para los clientes que me resulten gratos. Y usted no parece uno de ellos.

—¿Vas a hablarme ahora así? —repliqué, agresivo—. Sabes cómo ha sido siempre Roy Parrish. ¡Y continúo siendo igual, te guste o no!

—Está loco —murmuró tras una corta pausa. Me miró, despectivo, y se encogió de hombros—. Tome lo que ha pedido y márchese. No sé lo que busca, pero no me cae usted nada bien. Y menos cuando pretende ser alguien que nunca ha sido.

—¿Cómo? —mascullé, precipitándome hacia él. Le aferré por las solapas, tirándole hacia mí con energía—. ¿Acaso... acaso pretendes decirme ahora que yo... yo NO SOY Roy Parrish? ¡Di, Duke! ¿Es eso lo que pretendes, maldito farsante?

—¡Suélteme! —jadeó Duke Diamond, palideciendo—. ¡Vamos, suélteme enseguida o se arrepentirá!

—Te conozco demasiado, Duke Diamond —dije entre dientes, con ira, zarandeándole—. Te conozco lo suficiente para saber cuáles son tus tretas, pero ésta es la más vil de todas. Gladys no ha podido llamarte. Ella no sería capaz de una cosa así, pero alguien lo hizo, y tú, maldita sanguijuela, sabrías sacar de ello algún partido. Cualquier cosa menos aceptar tu propia responsabilidad en los hechos. Por viejos que sean, Duke, los recuerdas muy bien. Tu memoria es excelente. Y tienes siempre un recurso para cada situación... Vamos, ¿qué pretendes ahora? ¿Destruirme de una vez por todas para tu propio beneficio?

—Se está pasando, sea usted quien sea —masculló—. Y mi paciencia se agota. Suélteme enseguida, y márchese o...

—O... ¿qué, sabandija? —le provoqué, furioso, tirándole contra una columna de su vacío, desierto y ahora apacible club nocturno, el mismo donde yo, Roy Parrish, estuviera tiempo atrás, en muy diferentes circunstancias a las de ahora—. ¡Habla de una vez y admite que tú estás obligado ahora a preocuparte de mí, de mi presente y de mi futuro..., o hablaré! ¡Y hablaré demasiado para tu conveniencia!

Debió de hacer un gesto. No lo advertí, quizá llevado por la ira del momento. Pero sentí inmediatamente detrás de mí la presencia de alguien. Una mano férrea, como una zarpa, se apoyó en mi hombro y tiró violentamente de mí hacia atrás.

Apenas me revolví, otra mano cerrada me soltó un mazazo brutal en el mentón. Solté a Duke y fui dando tumbos hasta rebotar en una mesa, tropicar y caer contra una pared. Antes de que pudiera levantarme, otra figura me cubrió la visual, y vi venir algo hacia mi rostro. Un zapato se estrelló en mi cara. Crujió mi mentón, y noté el salobre sabor de la sangre en la boca.

Contuve el dolor, mientras redaba por el suelo. Vagamente, oí la voz

de Duke:

—Dadle fuerte. Será un buen escarmiento para ese tipo.

Dando volteretas por entre sillas y mesas, noté que los pies, rápidos, se movían hacia mí, pisando firme en el linóleo de la sala. Eran zapatos brillantes, negros, bruñidos. Zapatos que vendrían inexorablemente hacia mi rostro, para golpearlo brutalmente. Sabía la clase de palizas que los «gorilas» de Duke Diamond acostumbraban a aplicar a quienes su amo consideraba personas «no gratas».

Escupí sangre. Me incorporé a medias, tosiendo. Luego, bruscamente, aferré una silla con una mano. Me erguí de un salto, y estrellé la pieza en la cabeza de uno de ellos, al tiempo que tiraba contra otro una mesa vecina, de un fuerte empujón.

El primero cayó hacia atrás, aullando de dolor, con fragmentos de madera astillada adheridos a su cabello. El segundo tosió, con el filo de la mesa hincado en su abdomen. Pero todo era solamente accidental, y vendrían enseguida contra mí nuevamente.

Esperé a pie firme, aunque me flojeaban las rodillas y la sangre corría desde la comisura de mis labios, mientras los dos esbirros se disponían a reanudar su ataque. Duke era solamente un frío e inexpresivo testigo de la situación, aguardando a su desenlace. Y éste no podía ser más que uno, ya que mi inferioridad respecto a aquellos profesionales del hampa era notoria. Incluso sabía que ambos iban armados, bajo sus amplias chaquetas.

No utilizarían, sin embargo, arma alguna, en tanto no fuese absolutamente preciso o su jefe se lo ordenase. Duke no era tan tonto como para hacer eso, sólo porque yo plantara cara a sus subordinados.

Se habían recuperado ambos. Venían hacia mí, cerrándome toda posible salida. Uno de ellos aferró la pata de una silla, a guisa de arma contundente. En su mano sería una pieza temible, en cuanto me alcanzase de lleno. Estaba yo seguro de que seguiría pegando hasta cansarse, mientras mi vida no peligrara en exceso. Y ellos eran expertos en tales cosas. Conocían a fondo la diferencia entre una paliza soberana y un posible homicidio imprudente.

Retrocedí paso a paso. Intentaron bloquearme el repliegue, pero no lo lograron. Alcancé el mostrador del bar. Rápido, salté atrás, encogiéndome mis piernas. Me puse de pie en él, y les miré cauto. El *barman* se retiró, prudente, no queriendo meterse en problemas.

—Muchachos, es mejor que no avancéis —dije fríamente—. Una vez maté a un hombre. He estado por eso en prisión. No vacilaré en matar a otro.

Duke Diamond me contemplaba con expresión hermética, erguido junto a la columna misma adonde le arrojara en mi impulso. No despegó sus labios. Sus hombros, conscientes de esa muda insistencia de su jefe,

se precipitaron hacia mí en el momento siguiente.

Lo había previsto ya de antemano. Sabía lo que harían: uno por mi izquierda, otro por mi derecha, para aferrar mis piernas y derribarme del mostrador. De modo que disparé mi pie derecho, lanzando el teléfono del bar contra la cara de uno de ellos. Y mi mano zurda aferró una botella de ginebra, estrellándola contra la cabeza del otro.

Se hizo añicos el recipiente, y saltaron vidrios, ginebra... y sangre. Con un alarido, corriendo rojos regueros hacia su rostro, el tipo se fue al suelo, dando volteretas y aferrando el cuero cabelludo entre sus manos.

El otro, tras el impacto del teléfono en su cara, vacilante, volvió a la carga con un juramento soez. No vacilé en absoluto. Estaba decidido a todo, puesto que Duke y su gentuza se habían puesto tercós.

Esta vez era un vaso mezclador de vidrio grueso, con tapa de acero inoxidable, olvidado sobre el mostrador por el *barman*. Una pesada coctelera que fue a estamparse, con un crujido tremendo, en pleno cráneo de mi adversario.

Le vi desplomarse pesadamente, de bruces en el linóleo. La pugna había terminado, contra todo pronóstico, con mi victoria total. Pero yo no estaba nada convencido aún. Miré fijamente a Duke, esperando su reacción final.

Estaba lívido. Contrariado y furioso, podía adivinarlo. Me miró con una ira contenida, que daba un frío resplandor hostil a sus ojos claros y malignos.

—Bien —silabeó—. Usted gana. Baje de ahí. ¿Qué ha pretendido demostrar con todo esto?

—Duke, tú lo sabes. No sé cuál es tu juego ni el de los otros —dije con frialdad—. Pero sabes quién soy y a lo que vine, ¿no es cierto?

—No —negó, rotundo—. No es cierto. No sé nada de usted. No le conozco. No le vi en mi vida, ni sé a lo que vino. Aparte todo eso, hable de una maldita vez. ¿Qué quiere de mí?

—Duke, ¿qué diablos os sucede a todos? —me quejé—. Sabes quién soy, a lo que pueda haber venido a tu negocio... ¿Es que os habéis propuesto volverme loco entre todos?

—Sigo sin saber lo que quiere decir todo eso. Sigo sin entender nada.

—Duke, una sola pregunta, antes de marcharme de este cochino local. ¿Soy o no soy Roy Parrish?

—¿Usted Roy Parrish? —soltó una agria, seca carcajada—. Cielos, claro que no. Bien sabe usted que eso es mentira.

Me quedé de una pieza. Creo que el escalofrío subió vertiginosamente por mi espina dorsal hasta el cerebro.

Luego, de repente, supe que algo sucedía a mi espalda. Y me volví. O quise volverme.

Ya era tarde. Demasiado tarde.

Una figura emergió tras el mostrador. Algo cristalino se elevó en el aire y vino hacia mí violentamente. Quise evitarlo. No pude.

Cuando se estrelló contra mi frente y mi sien, experimenté el dolor y el estrépito de vidrios penetrando lacerantes en mi cerebro. Algo rojo nubló mi mirada. Luego, ese rojo se hizo negro, negro intenso.

Y debí caer del mostrador al suelo. No lo supe entonces. Sólo pude advertir que me hundía en un abismo de sombras. Y que esas sombras me engullían vorazmente.

Después, nada.

* * *

No era un despertar agradable.

Incluso todo olía mal a mí alrededor. Y no era una simple expresión gráfica. Era más, mucho más. Realmente, olía de modo pésimo en torno mío. Como siempre huelen las basuras y desperdicios.

Me rodeaban basuras. Y desperdicios. Estaba tendido entre cubos de todo ello, en un infecto callejón olvidado, entre nieve sucia, hielo más sucio aún, y toda clase de fétidos residuos.

Me incorporé. Lo tuve que intentar primero tres veces. El cuerpo me dolía desde la raíz de mis cabellos hasta el dedo meñique de los pies. Era como si me hubiera triturado una apisonadora. Pero yo sabía que no fue eso lo que pasó por encima mío, sino la brutalidad feroz y despiadada de los servidores leales a Duke Diamond.

Contemplé mis manos cubiertas de arañazos, mis nudillos desollados, mis dedos sangrantes y mi camisa también enrojecida. Las hilachas de mi viejo traje estaban rojas ahora. La americana, rota y rasgada, la corbata era un piltrafa sanguinolenta, quizá como yo mismo.

Y mi rostro, aunque no podía verlo, porque no acostumbran a poner espejos en los callejones destinados a recibir basuras, donde hay muros que los convierten en auténticas vías ciegas y sin tránsito, debía de ser un auténtico poema. Sentía el dolor hasta el fondo mismo de mis ojos. Al rozarme con las yemas de los dedos, encontré solamente surcos, cortes, golpes, sangre coagulada, huellas de violencia, impactos demoledores, que dejaron su señal en mis facciones.

—Un trabajo concienzudo —reflexioné, tambaleante, pegado al muro de ladrillos del callejón.

Caminé hasta la esquina inmediata. No reconocí el lugar, pero su aspecto descuidado, el aire bohemio de sus gentes y de sus casas me indicó que debía ser Greenwich Village. Había melenudos tocando la guitarra en algunos portales. Chicas imitando a Joan Báez o a la heroica Jane Fonda, rodeadas de adeptos acá y allá. Era un mundo pintoresco y multicolor, al que posiblemente mi aspecto les tuviera perfectamente sin

cuidado. Allí, nadie se metía en la vida de los demás, y eso es lo que yo salía ganando ahora.

Me moví por la calle, hundiendo las manos en mi abrigo sucio y arrugado, que apestaba a basura. Busqué febrilmente mi dinero. Nadie me lo había tocado. Si algo había en el mundo que Duke Diamond no haría es quitarle un miserable puñado de dólares a un desgraciado como yo. El, cuando se ensuciaba las manos, era por algo más que cien dólares. Por mucho más, en realidad.

Me sentía débil, cansado, lleno de dolores y de decepciones por todas partes. Aquella especie de vorágine en que me hallaba metido desde que abandoné la prisión se iba haciendo más y más turbulenta, más y más profunda por momentos.

Gladys no tuvo motivos para mentirme. Tampoco mis vecinos. ¿Y Duke? El, menos que nadie. Él hubiera dado algo por encontrarse de nuevo con un hombre llamado Roy Parrish. Bien. Ya me había tenido ante él ese día. ¿Y qué hizo? Arrojar me de su negocio, hacerme víctima de la brutalidad de sus esbirros...

Pero él sabía que había más, algo más por medio. Un hombre muerto, dinero abundante, un viejo problema sin resolver...

No. Algo andaba muy mal. Todo lo que me sucedía carecía totalmente de sentido. Yo, Roy Parrish, era rechazado sistemáticamente por todos: esposa, amigos, vecinos... e incluso por los enemigos que se hubieran sentido felices de verme de nuevo cara a cara tras aquellos años de espera impaciente y tensa, con muchos miles de dólares por medio.

Todo eso fallaba. Se desmoronaba, derrumbándose por sí mismo. No tenía razón de ser. No era lo previsible. Nadie se comportaba correcta ni normalmente. Era como volver a un mundo demencial. ¿O era yo quien estaba loco?

Pasé junto a un negro que tocaba la armónica. Me miró, pensativo, sin dejar de tocar unos *blues* con su instrumento. Su gesto, al ver mi cara, fue elocuente. Mi aspecto debía de ser francamente malo, aunque él no dijo nada. Pasó un taxi y le llamé. El conductor me miró y siguió de largo. Creo que incluso aceleró la marcha. Mi aspecto no debía de resultar demasiado tranquilizador. No se lo reproché. Si el dolor de mi epidermis correspondía a lo que hicieron con mi cara, ésta debía parecer un auténtico mapa en relieve.

Un segundo taxista tuvo más compasión. Me recogió. Ni siquiera sabía qué dirección darle, pero finalmente recordé una. Y se la di, aun a sabiendas de que, una vez más, sería mal recibido. Sólo que no tenía otro sitio adonde ir. O no lo recordaba en estos momentos de dolor, de abatimiento y desolación.

Capítulo III

—DEBERÍA haberte arrojado de mi casa, Roy.

—Sí, Peggy. Lo sé. Tienes razón. Toda la razón.

—Debería haberte cerrado la puerta en las narices. Y si insistías, incluso podía llamar a la policía.

—Claro. Estás en tu derecho. No tengo razón alguna para molestarte en tu casa.

—Oficialmente, soy una mujer honesta —se sintió ofendida—. Nadie puede acusarme de nada. Tengo un trabajo de seis de la tarde a doce de la noche. Ayer era mi noche libre. Gano poco, pero eso no le importa a nadie. Luego, hago lo que me parece. Tú eres un presidiario, un ex recluso. Podría meterte en líos, Roy.

—¿Por qué no lo hiciste, Peggy?

—No lo sé —suspiró ella. Me limpió las heridas de la frente, y no pude evitar un gemido al sentir el alcohol en ellas—. Ni sé tampoco por qué hago esto. ¿Te lo mereces acaso?

—No, en absoluto.

—Mentiste anoche como un rufián. Eres casado. Tu mujer no quiere ni verte. Eso, después de haber estado varios años en prisión. ¿Qué clase de tipo eres para que una esposa se comporte así, si no es un mal nacido, Roy Parrish?

—No sé —resoplé—. No sé nada, Peggy. Me siento como hundido en tinieblas.

—Los que te dieron esta paliza pudieron haberte hundido en esas tinieblas para siempre. Ni sé cómo has sobrevivido. ¿Qué clase de líos forman tu vida incluso ahora, Roy?

—Me temo que los mismos que la formaron antes de esos años encerrado —me quejé—. Tengo enemigos. Enemigos que no perdonan. Y muy pocos amigos...

—Sí, empiezo a notarlo. ¿Dónde estuviste hoy? Si no tienes nada que ocultar, deberías haberte presentado en el cuartel de policía, no en mi casa, para pedirme ayuda.

—Es que siempre hay algo que ocultar, Peggy.

—Debí sospecharlo —me miró con recelo—. Debes ocultar muchas cosas. Demasiadas, Roy.

—Me temo que sí —me encogí de hombros, en tanto ella dejaba ya el

alcohol, para recurrir a una solución de yodo y otros desinfectantes—. Una de esas cosas tiene ceros. Muchos ceros, Peggy.

—¿Dinero? —se mofó ella—. Creí que sólo disponías de cien dólares...

—En mi bolsillo llevo poco más de esa suma, tú lo sabes. En alguna parte esperan en este momento muchos cientos más. Miles, Peggy. Muchos miles. Exactamente..., doscientos treinta mil dólares.

Se le cayó de las manos el algodón empapado en desinfectante. Me miró como si yo fuese un visitante marciano.

—¡Doscientos treinta mil! —repitió—. No creí que tu fiebre fuese tan alta, Roy.

—Es la pura verdad —suspiré—. Casi un cuarto de millón, Peggy. Es el precio de años de cárcel...

—¿Tú tienes ese dinero? —dudó ella, incrédula.

—No, no lo tengo. Pero me espera en un lugar. Y ellos lo saben.

—¿Ellos? ¿Quiénes son «ellos»?

—Los que me hicieron esto —señalé mi cara.

—¿Te pegaron así para interrogarte?

—No —mostré claramente mi sorpresa, mi desconcierto—. Eso es lo más raro de todo. No sólo no me interrogaron, sino que no creyeron una sola palabra. No aceptaron siquiera que yo fuese Roy Parrish. Como mi esposa, como mis vecinos..., ¡como todos, Peggy!

—¿Eres *realmente* Roy Parrish? —me espetó ella, bruscamente.

La miré con asombro. Luego, sacudí la cabeza.

—Que yo sepa, nunca he sido otra persona —dije. Y era totalmente sincero.

Ella reveló el mismo asombro que si le hubiera dicho que yo era Blancanieves. Abrió mucho sus ojos al recuperar el algodón empapado en desinfectante y añadir, acercándose a mí:

—Entonces, ¿qué sentido tiene todo esto?

—Si yo lo supiera, Peggy, sería el más feliz de los mortales —confesé—. Lo malo es que la historia de ese dinero es cierta. Esa suma me espera en un lugar que sólo yo conozco y mucha gente debería estar loca por conocer. Sin embargo..., nadie me escucha ni me presta atención. Como si en vez de pasar estos años en un presidio, hubiese estado recluido en un manicomio.

Sentí un agudo dolor cuando ella desinfectó mis heridas, pero me contuve del mejor modo posible. Ella parecía no inmutarse por mis palabras, como si todo perteneciese simplemente a un relato tan verídico cómo podía serlo un cuento de *Las mil y una noches*.

—Tal vez alguien encontró ya ese dinero tuyo —me sugirió—. Y tú no les resultas necesario.

—Imposible —rechacé, con total convicción—. Estoy seguro de que

ellos nunca adivinarían el lugar donde se halla el dinero. No, Peggy. Sé que no lo encontraron jamás.

Hubo otra pausa, mientras ella aplicaba apósitos adhesivos a mis numerosos cortes faciales. Oí su voz como algo lejano e indiferente:

—¿Por qué me has contado todo eso, Roy?

—¿Lo del dinero? Me gusta hablarlo con alguien, Peggy.

—¿Por qué precisamente conmigo?

—No sé... —la miré. Estaba cerca de mí, mirándome a los ojos. Había terminado su tarea. Retiró una pequeña palangana repleta de agua sucia de sangre, barro y yodo—. Quizá porque eres la única persona que me ha tratado humanamente desde que salí de... de allí.

—No significa mucho. Sabes la clase de chica que soy. Y sabes por qué te traje aquí. Me gustaste, eso es todo. A veces me dejo llevar de mis impulsos. Y el ser impulsiva no es práctico, Roy. Teda esta mañana y esta tarde maldije haberte traído a casa. Ahora no sé qué pensar. Me pregunto si estás loco o lo están los demás. O si eres el mayor embustero del mundo.

—¿Crees que a alguien se le ocurriría una mentira así? —me quejé—. ¿A quién le ha pasado algo semejante? Volver a casa y que su mujer no le reconozca. Verse perseguido por los vecinos como una rata. Ir a enfrentarse al enemigo, en la misma boca del lobo, y recibir, eso sí, una gran paliza, quizá porque yo mismo me la busqué. Pero sin ser interrogado, sin ser acusado de nada, sin que nadie de quienes fueron tus compinches años atrás te digan una sola palabra o admitan tu identificación. Simplemente eso, Peggy..., ¡y no sucede! ¿Tú lo entiendes?

—No —me miró muy fija—. ¿Acaso... acaso tu rostro... ha cambiado? Quiero decir, ¿te hicieron alguna intervención quirúrgica, algo de cirugía plástica? A veces las novelas y la televisión se refieren a problemas de ese tipo, sobre todo en el hampa...

—Mira esto, Peggy. Y dime si hubo alteración alguna en mi rostro —hurgué en mi bolsillo y encontré mi billetera, que le tendí—. Por favor, míralo con atención antes de responder. He llegado a pensar que ni siquiera yo mismo sé lo que pienso, lo que soy, lo que veo...

Ella tomó el billetero. Lo abrió con lentitud, tras mirarme pensativa, desorientada. No podía reprocharle que estuviese llena de aturdimiento ante mi caso. Mi propia situación no distaba mucho de la suya propia. Y yo era Roy Parrish. Era yo *mismo*.

—Sí —musitó, tras consultar mi viejo permiso de conducir, mi tarjeta de Seguridad Social, mis viejas fotografías en otros documentos de identificación. Me estudió largamente, cerró el billetero y me lo devolvió sin desviar los ojos de mi rostro un solo instante—. Es ridículo buscarle otra explicación a las cosas. Eres tú. Tú mismo. Tu rostro

continúa siendo igual que antes...

—Gracias —suspiré amargamente, recuperando el billetero, que tiré con ira sobre la mesa—. Quería estar seguro, cuando menos, de algo. Me alegra que alguien admita que yo... ¡yo!.. soy Roy Parrish en persona.

Ella no dijo nada en principio. Retiró las cosas que habían servido para limpiar mi rostro y desinfectar mis heridas. Luego oí su voz como recitando el hilo de sus propios pensamientos:

—Esos... esos documentos... tienen una fecha bastante atrasada, Roy. Todos... todos datan de hace... ocho años.

Asentí, buscando un cigarrillo arrugado de mi lamentable paquete. Lo puse en mis labios, y ella misma lo encendió, acercándose a mí con un bonito encendedor de mesa.

—Sí —dije—. Ocho años, Peggy. Es mucho tiempo. Siete de ellos estuve allí dentro...

—Siete años... Roy, ¿qué hiciste para pasar tanto tiempo allí? ¿Robar esos doscientos treinta mil dólares que citaste?

—No —negué—. No sólo eso... Robé medio millón.

—¡Medio millón! —se abrieron enormemente sus ojos.

—Sí. Una suma fabulosa. Recuperaron doscientos setenta mil. El resto nunca apareció. Pero no sólo eso me costó siete años de cárcel, Peggy. Hubo... hubo también algo más.

—¿Qué, Roy?

—Un crimen —suspiré—. Un hombre muerto.

—Dios mío... —ella me miró, preocupada—. ¿Le... le mataste tú?

—Sí —afirmé—. Yo le maté.

* * *

Yo. Yo le maté...

Siete años atrás, yo había matado a un hombre.

Yo, Roy Parrish, acusado de homicidio en primer grado. Si hubiera sido asesinato, me hubiesen condenado a muerte. Entonces existía la pena capital en el estado de Nueva York. Y también en otros Estados.

Pero el homicidio y el robo tuvieron sus atenuantes. Fueron diez años de prisión. Diez largos, diez interminables años...

Sólo que Roy Parrish tuvo un buen historial penitenciario. Buen comportamiento, excelente conducta, redención por el trabajo y todo eso.

Siete años y algo más, no mucho. Luego..., la libertad de nuevo. El retomo a la vida. O las tinieblas, no sabía aún.

Muchos miles de dólares. Y un hombre muerto. Asesinado. Muerto por mi propia mano...

Eso era todo. Así había empezado todo. Fue el final de una etapa de la vida de un hombre. El principio de otra.

Y ahora...

Ahora, ni siquiera estaba seguro de nada. Ni aun de vivir realmente. Era como moverse entre fantasmas. Como ser yo mismo un fantasma, en un mundo de seres corpóreos, tremendamente reales. Seres que me rechazaban sistemáticamente...

Quise recordar. Traté de evocar el pasado. Como en una vieja película de esas que uno ve por la televisión y le hacen sentirse más viejo, más lleno de melancolías, de nostalgias, acaso de cansancio...

Y recordé. Recordé fragmentadamente. Como en un filme mal conservado. Como en un montón de viejos recortes de periódicos...

* * *

Las nóminas de la fábrica Reynolds. La más importante factoría industrial de todo el estado de Nueva York. El imperio industrial del gran Hamilton Reynolds. Mil seiscientos obreros. Oficinistas, empleados...

Cuando sucedió, los periódicos publicaron con grandes titulares la noticia: «¡Medio millón de dólares robados! ¡El más audaz atraco de toda la década!»

Luego, sensacionalismo en toda la Prensa, en la radio, en la televisión. Alusiones a un famoso y sorprendente ladrón encapuchado: «El ladrón de la caperuza púrpura, buscado por el FBI y por la policía de varios Estados».

Caperuza púrpura... Eso había tenido impacto como noticia. Una caperuza color púrpura cubriendo el rostro del hombre que, arma en mano, robaba medio millón de una furgoneta blindada, justo dentro del recinto de la factoría Reynolds. Y sin derramar sangre, además.

Un robo audaz. Un golpe maestro. Se especulaba con la identidad oculta tras la caperuza púrpura, encontrada luego en unos montículos de basuras. Se llevó la prenda al FBI. Los laboratorios federales investigaron a fondo. Se hallaron indicios dentro de la pieza de tela del famoso ladrón.

Cabellos rubios, cortos. Ciertas huellas de un producto contra los sarpullidos de la piel...

Fue el principio del fin para el audaz ladrón. La teoría de que pudiese pertenecer a la entidad robada era ya muy extendida. Los detalles más nimios, la minuciosa forma en que el golpe se llevó a cabo, hacían suponer que el ladrón conocía con toda precisión las costumbres de la empresa, de pagadores, de guardianes de los fondos, para llevar a cabo tan audaz y astutamente el robo.

Los detalles de los pelos rubios y la crema contra los granos epidérmicos fueron ya de un peso decisivo en la búsqueda. El encapuchado, según esos indicios, no podía ser otro que el joven Mortimer Wayne, cajero principal de la Reynolds.

Se fue en su busca. Mortimer Wayne habíase evaporado. Los diarios también dedicaron a la noticia sus mejores titulares, con una acre censura implícita para la policía: «El ladrón de la caperuza púrpura escapa. Una negligencia policial provoca el error. Ningún funcionario de la Reynolds debió ser descuidado de vigilancia estrecha».

Fuese como fuese, Mortimer Wayne se había evadido con el medio millón. De él se sabía ahora mucho más que antes. Se descubrieron sus enredos amorosos, sus deudas de juego, sus sutiles desfalcos en la empresa, su relación con las salas nocturnas de Duke Diamond, el famoso empresario de *burlesques* y clubs nocturnos, e incluso de clandestinas salas de juego en toda la ciudad de Nueva York. Duke Diamond pasó días difíciles. Hubo periódicos que aprovecharon la ocasión para cargar despiadadamente sobre él y lo que él representaba en la ciudad: «Duke Diamond, interrogado por la policía. ¿Significa esto el fin del hampa dorada en Manhattan? ¿O de nuevo se estrellará la ley ante los poderosos intereses del mundo del delito?»

Desgraciadamente, la segunda interrogante de los reporteros fue la más ajustada a la realidad. La ley no pudo destronar a Duke Diamond, ni probar ninguna de sus actividades delictivas. Se demostró que tenía demasiada relación con Mortimer Wayne, pero eso era todo. Y nadie, oficialmente, podía ser acusado de tener por cliente a un audaz ladrón.

Un periódico se atrevió a insinuar que Duke Diamond andaba detrás del robo y del dinero desaparecido. Eso le costó un pleito, al ser demandado por Duke. Y éste ganó la demanda, además.

Mucha gente trabajaba con Diamond y ganaba buenos sueldos en sus negocios. Uno de ellos era yo. Yo, Roy Parrish.

Oficialmente, el trabajo de Roy Parrish consistía en dirigir el Blue Cat de la Calle Cuarenta. Y también en llevar la contabilidad de sus negocios. La ficticia, por supuesto. De su auténtica contabilidad, nadie podía saber oficialmente nada.

El rumor más extendido era el de que Mortimer Wayne había sido escondido con la ayuda de Diamond, y éste percibiría a cambio una gran parte de la suma robada, a cambio de conseguir la evasión de Wayne de territorio norteamericano, introduciéndolo en Brasil para disfrutar del resto del dinero durante toda la vida.

Hubo diversas ocasiones en que se creyó que Mortimer Wayne iba a ser hallado, pero siempre se trató de simples rumores sin confirmación real. Un periódico especializado en sucesos llegó a escribir a toda plana: «Mortimer Wayne ya está en Río de Janeiro. Pero sólo la mitad de la suma robada llegó con él a Brasil. ¿Quién cobró el resto a cambio de su

ayuda?»

La respuesta podía darla todo el mundo, pero sólo en la calle o en los locales, no en letra impresa ni por radio o televisión. Duke Diamond, imperturbable, caía sobre todo calumniador, con la fuerza de su dinero, su influencia y sus abogados.

Otro periódico, más audaz, aventuró una teoría:

«¿Estará muerto Mortimer Wayne, víctima de sus propios cómplices y encubridores?»

Así seguían las cosas por el país, entre titular y titular, cada vez más gratuitos y caprichosos, sin fundamento alguno para sus estridentes noticias. Reynolds, el gran industrial robado, no intervenía en la disputa pública. A fin de cuentas, él había cobrado el medio millón robado, ya que sus nóminas y cuanto hubiera en la empresa estaba asegurado a todo riesgo, y solamente la American Insurance Company, entidad mezclada en ese seguro, y víctima directísima del robo, por haber sido quien abonó hasta el último dólar robado a la empresa Reynolds, siguió preocupándose activamente de los hechos.

Su inspector especializado, Burt Newman, era un sabueso incansable, en busca de la pista que pudiera resarcir a su entidad de tan grave pérdida. Pero Burt Newman, pese a toda su pericia en tales casos, parecía definitivamente condenado al fracaso.

Por entonces, justamente, la noticia saltó a las primeras planas de todos los diarios y publicaciones. Los boletines de televisión se hicieron eco de la gran novedad que alteraba radicalmente los hechos y sus consecuencias futuras: «¡Mortimer Wayne, asesinado! Aparece su cadáver junto a parte del botín robado. Doscientos setenta mil dólares recuperados».

Era una gran noticia. La entidad aseguradora recuperaba más de la mitad del botín. Y el famoso «ladrón de la caperuza púrpura» desaparecía trágicamente de la escena.

Había sido muerto de un balazo. Debió haber lucha, según la policía y según los reporteros. El crimen tuvo lugar en un viejo almacén portuario, propiedad precisamente de Duke Diamond.

Eso provocó su arresto y un conflicto mayúsculo que conmovió a la ciudad. También las primeras páginas de los periódicos fueron entonces expresivas en su información sensacionalista: «¡Jaque al hampa! ¡Duke Diamond, al borde de la acusación formal por robo y homicidio! La compañía de seguros, dispuesta a caer sobre Diamond con todo su peso».

Tal vez hubiera sido así. Pero el arma con que fuera muerto Mortimer Wayne, virtualmente envuelto en sangre y en billetes de cien y de cincuenta dólares al ser hallado, fue encontrada más tarde en el East River, e identificada como propiedad de un hombre. Un hombre que trabajaba para Duke Diamond. Un hombre llamado... Roy Parrish.

Sí, era mi arma. Se demostró que yo la había adquirido. Que yo la tenía en mi poder. Se encontraron huellas de barro y de virutas metálicas en mi calzado. Había sacos de virutas de metal en el almacén portuario. Y un aserrín especial, también presente en mi calzado e incluso en la vuelta de mis pantalones. Y el barrillo especial de aquella zona húmeda del río.

Eran demasiadas pruebas. Lo que nunca pudieron encontrar fueron los doscientos treinta mil dólares que, tras el recuento del dinero hallado como lecho del muerto, se echaron en falta. Una de las sacas de la nómina se encontró en las aguas del East River, cerca del lugar del suceso, pero nadie creyó que hubiese contenido el resto del dinero, al caer al fondo. Pese a los billetes adheridos en su interior, y a los diez o doce más que hallaron en el lecho del río los hombres-rana.

Por si eso fuera poco, Mortimer Wayne mantenía relaciones con una chica alegre, llamada Daisy Kent, que trabajaba de cantante en el Blue Cat. También yo, Roy Parrish, conocía a la chica. Y se decía que tenía relaciones con ella, aunque eso nunca se probó.

Dulce Diamond pudo probar su inocencia en todo. Yo, Roy Parrish, había sido despedido por él días antes. Y se encontró en mi poder un billete de avión para Río de Janeiro.

Eran demasiados indicios. Burt Newman era un hombre implacable. En nombre de la empresa aseguradora, cayó sobre el sospechoso como un alud. Y ese sospechoso... era yo.

De mala gana, algunos periodistas publicaron la noticia a toda página: «Duke Diamond, en libertad. Nada le acusa ante la ley. Roy Parrish, acusado de homicidio y robo. Se niega a aceptarlo y no dice dónde se oculta el dinero».

Luego, tras el proceso, nuevos titulares sensacionalistas: «Roy Parrish, condenado a diez años de prisión. Se ha probado su enemistad con la víctima por motivos de faldas. Hubo una reciente pelea entre ambos».

Otros periódicos tocaban la cuerda sensible de sus lectores femeninos: «Yo perdono a mi esposo. Que Dios le juzgue —declara la señora Parrish—. Cuando vuelva al hogar, todo estará olvidado para mí».

Patético. Las lectoras debieron llorar con esa información sensiblera. Otros titulares no eran tan tiernos ni emocionales: «El hombre que mató al ladrón está encarcelado. Pero, ¿dónde está el dinero que falta? "No pararé hasta encontrarlo, aunque pasen veinte años", dice Burt Newman, de la American Insurance».

Sí. Yo, Roy Parrish, había sido encarcelado. Pasarían años y años hasta que la historia tuviera su reanudación. Y acaso su final...

Por el momento, había terminado.

Cerré el último volumen de la Hemeroteca Municipal de la ciudad de Nueva York. Cansado, encendí un cigarrillo. Fumé en silencio, con todos aquellos volúmenes ante mí.

Eran periódicos de siete años atrás. El viaje sobre el papel impreso había sido como volver a un pasado nebuloso y remoto. Allí, en tinta de imprenta, en viejo papel, estaba toda una extraña y dramática historia de muerte, sangre y dinero.

Mi historia. Y la historia de un hombre llamado Mortimer Wayne.

El hombre que robó a una gran empresa. Y luego, a su vez, fue robado y muerto.

Yo, Roy Parrish, había pagado por esa muerte durante años. Durante aquellos largos años de cautiverio. Sabía que era cierto todo. Yo maté a Mortimer Wayne. Cuando la sentencia había sido pronunciada por el juez, tras conocer el veredicto, la respuesta había sido concreta, rotunda, casi desafiante:

—Sí, señores. ¡Yo maté a Mortimer Wayne! Pero nunca sabrá nadie dónde está el dinero que falta...

Esas fueron las palabras de un hombre llamado... Roy Parrish. Mis propias palabras ante juez y jurado.

Aún danzaban ante mis ojos los titulares del último ejemplar de periódico examinado, con sus grandes caracteres: «¡Roy Parrish confiesa! ¡Admite haber matado a Mortimer Wayne... y desafía a todos a que hallen el dinero que falta! Diez años de prisión... a cambio de casi un cuarto de millón de dólares. Vale la pena pagar de ese modo, ¿verdad, Parrish?»

Respiré hondo. Sacudí la cabeza.

Ahora, todo quedaba atrás. Pero no definitivamente atrás. Allí no se explicaba que yo fuese rechazado sistemáticamente por todos. Allí solamente había visto titulares, relatos, informes, fotografías borrosas... Me había visto entrando o saliendo de cuarteles policiales y salas de tribunales, cubriendo mi rostro o siendo ayudado a cubrirlo, por esa rara aversión a la publicidad que tienen los delincuentes...

Hay cosas que no pueden cambiar aunque uno quiera, y ésa era una de ellas. Mi historia, la historia de Roy Parrish, convicto de homicidio y robo, estaba allí.

Ahora yo había vuelto a la vida, a la libertad. Y Duke Diamond, el mismo hombre que me despidió por entonces, tras demostrar que él nada sabía sobre Mortimer Wayne y su robo, negaba reconocerme. Mi propia esposa, también. Y mis vecinos todos...

Era para volverse loco. Completamente loco.

Devolví los volúmenes a sus sitios respectivos en las grandes estanterías. Empecé el camino de la salida, bajo las luces de la Hemeroteca. Iban a cerrar ya de un momento a otro. Era tarde. Mi viejo, gastado reloj de pulsera, me mostró sus agujas desconchadas: las siete...

Casi hacía ya veinticuatro horas que estaba en Nueva York. Y la confusión en mi mente era mayor que nunca. Eché a andar hacia la puerta, tras firmar en el registro de salida. Pisé los escalones del edificio, bajo el frío azote del aire vespertino. La nieve parecía haber abandonado de momento Manhattan, pero no el aire gélido.

Busqué un taxi con la mirada. No sabía adónde ir, pero no volvería de nuevo a casa de Peggy. La chica tenía trabajo hoy. Al ver que yo no volvía, acudiría a sus tareas cotidianas. Era mejor así. Ya la había molestado bastante.

No había taxi libre alguno. Alcancé la acera, buscándolo en vano. Mis manos estaban ateridas, especialmente en los lugares donde sufriera los golpes de los esbirros de Diamond. Ni siquiera se me había ocurrido comprarme unos guantes. Ni una camisa, ni una prenda de abrigo. No podía permitirme muchos lujos con cien dólares en el bolsillo..., aunque en alguna parte esperasen doscientos treinta mil dólares.

—¿Le llevo a alguna parte, amigo?

Me sorprendí, volviendo la cabeza. Estaba todavía buscando taxi, y el automóvil color café se había detenido junto al bordillo de la acera, ante mí. El hombre asomado a la ventanilla me pareció vagamente familiar.

—¿Nos conocemos realmente de algo? —le repliqué fríamente.

—Sin duda —rió entre dientes—. Somos viejos amigos. Su memoria flojea, ¿no es cierto?

—Eso resulta muy raro —dije, sarcástico—. Es la memoria de los demás la que parece funcionar mal.

—Podiera ser. Suba, y le llevaré adonde quiera. De paso podemos charlar por el camino de algunas cosas. Amistosamente, claro.

Le miré. Algo en sus fríos ojos grises me resultaba tremendamente conocido, sin que pudiera localizarlo en mi mente. Desconfiado, llegué junto a su coche. Insistí:

—Me gustaría saber de qué nos conocemos usted y yo, señor...

—Newman —sonrió él, glacial—. Burt Newman, de la American Insurance Company. ¿Me recuerda ya ahora, amigo Roy Parrish?

Capítulo IV

ROY Parrish...

Era el primero que me había reconocido. El primero que me llamara por mi nombre.

Le miré de soslayo. Conducía sin prisas, con la vista fija ante él, sosteniendo el volante con firmeza entre sus manos enguantadas. Era alto. Muy alto. Incluso más que yo. Muy fornido, de expresión dura y burlona. Vestía elegantemente.

—Está muy callado —murmuró.

—Sí —asentí—. ¿Esperaba otra cosa?

—No, ¿por qué? —se encogió de hombros—. Puede seguir pensando, si lo prefiere. Imaginé que estaría ávido de charla, sin embargo.

—Siento avidez de muchas cosas —dije gravemente—. De saber, por ejemplo.

—Saber, ¿qué?

—Ya le dije: muchas cosas. Por qué nadie quiere reconocer que soy Parrish, por ejemplo.

—¿Cómo ha dicho? —se volvió, mirándome con perplejidad. Luego, volvió su atención a la calle, a la conducción del vehículo.

—Ya me ha oído —suspiré—. Mi propia esposa negó que fuese yo mismo. Ahora aparece usted... y me llama por mi nombre. Eso resulta extraño.

—No tanto —sonrió él—. Tal vez su esposa no quiera saber nada de usted. Hubo cosas bastante feas entonces, ¿recuerda?

—Lo recuerdo muy bien —asentí—. Aquella chica, Daisy Kent... ¿Se refiere a eso?

—Es una de las posibles razones —convino él fríamente.

—Gladys dijo entonces que todo estaba perdonado...

—Siete años cambian mucho a la gente. Habrán sido unos duros años para Gladys Parrish. ¿Ha pensado usted en ello?

—Sí —admití—. He pensado en ello. Pudo reprocharme muchas cosas. Insultarme, incluso. Pero gritar, arrojarme de casa, pedir auxilio a los vecinos... Y éstos no me reconocieron tampoco. Incluso me persiguieron como si fuese un merodeador... Luego, el propio Duke Diamond...

—¿Diamond? —su rostro se puso rígido—. ¿Lo ha visto acaso?

—Sí, lo he visto —me toqué el rostro con ironía—. ¿No lo ha notado? El me miró por el retrovisor. Asintió, pensativo.

—Sí —admitió—. Debí imaginarlo. Es su modo de actuar, Parrish. Y usted debería saberlo.

—Tenía que correr el riesgo. Quería que me identificase, que me sacara de dudas, para no volverme loco, Newman.

—Bien. Por lo visto, sí le identificó, Parrish.

—Pues si lo hizo, lo ocultó muy bien. Me hizo recibir una gran paliza, pero nunca aceptó que yo fuese Roy Parrish. Me trató como a un loco o a un bribón.

—Espero que esto le haga ver las cosas de diferente modo. Yo sí le reconocí, Parrish —me miró de reojo, agresivo—. Y sabe que tengo motivos para reconocerle.

—Sí, he refrescado mi memoria esta misma tarde, en la Hemeroteca —le contemplé, con repentina sospecha—. Por cierto, ¿qué le hizo imaginar que yo... estaría allí precisamente? Porque no creo que en todo Nueva York... haya sido un encuentro casual el nuestro.

—No, no lo fue. Usted ha venido a releer lo que entonces dijeron de usted y de todo lo sucedido. Resultaba casi lógico imaginarlo, pero tampoco ha sido así. Lo cierto es que estuvo en otra parte, antes de venir a la Hemeroteca Municipal, Parrish.

Recordé. Y asentí, ceñudo.

—Sí —dije—. Pasé un tiempo en casa de una amiga. Ella curó mis heridas. Luego... fui al Blue Cat. Está clausurado. Van a abrir allí un negocio de electrodomésticos, leí...

—Es cierto. El Blue Cat ya no es lo que era. Hacía tiempo que perdió su clientela. Hay gustos diferentes. Los *burlesques* de su estilo no gustan a nadie. Diamond cerró ese negocio hace tiempo. Otro lo tomó en arriendo y trató de explotarlo sin éxito. Al final, lo cerraron para hacer de él una tienda vulgar. Pero estaba seguro de que usted, al volver a la libertad, pasaría por allí. Dejé a un compañero vigilando aquello. Él me informó, tras seguirle a la Hemeroteca. Yo he venido a buscarle aquí.

—Sí, eso lo explica —convine, asintiendo—. No podía ser casual, ya lo sabía...

—¿Qué buscaba en el Blue Cat? —quiso saber el inspector de seguros—. ¿A Daisy Kent, tal vez?

—Tal vez —afirmé, evasivo.

—Llegó tarde. La chica se casó —me informó él burlonamente.

—¿Se casó? —enarqué las cejas—. ¿Con quién?

—Connigo, Parrish —fue su sorprendente respuesta.

Burt Newman tenía un confortable apartamento en pleno Broadway. Pero no respondía en absoluto a la idea que uno puede hacerse de un hogar.

Era un auténtico piso de soltero, lujoso y cómodo, no demasiado amplio, con una terraza abierta en la Calle Cincuenta y Seis. Ahora, la nieve se acumulaba en la terraza, más allá de la hermética vidriera, que él cegó con los espesos cortinajes de floreados motivos policromos.

Puso en funcionamiento un magnetófono a *casette*, con música estereofónica suave, y sirvió dos whiskys, volviendo con ellos a la mesa ante la que me había acomodado en su confortable *living*.

—Sé lo que está pensando —dijo Burt Newman—. Esto no es la vivienda de un feliz matrimonio. Y acierta. No hay matrimonio, feliz o no.

—Usted dijo que se había casado...

—Me faltó añadir que me divorcié —rió entre dientes, afirmando enfático—: Sí, amigo Parrish. Soy un hombre muy obstinado. Desde que usted fue encarcelado, tuve la idea de que Daisy Kent pudo ser su cómplice en el robo de que hizo víctima a Mortimer Wayne, el ladrón de la Reynolds.

—¿Y por eso solamente... se casó con ella? —Mi asombro era ostensible ahora.

—Solamente por eso, sí —admitió él, con frialdad—. ¿Le sorprende quizá?

—No sé si sorprenderme o no. He releído lo que usted dijo entonces: que haría lo que fuese con tal de recuperar el dinero, sin importarle los años transcurridos.

—Exacto. Eso dije.

—Y lo cumpliré.

—Sí, soy de esa forma de ser.

—¿Llegó a casarse por encontrar una pista hacia el dinero desaparecido?

—Sí.

—¿Y se divorció al descubrir que estaba en un error?

—Exacto —bostezó, tras tomar un sorbo de whisky—. Daisy Kent es una muchacha tan bonita como frívola y estúpida. Advertí, demasiado tarde, que no tenía la mesar idea de sus asuntos, Parrish. Usted sólo había sido un capricho para ella. Di marcha atrás, y obtuve la separación. Ella tampoco puso muchas dificultades. Después de todo, le resulta sencillo tener admiradores ricos. Nuestro fugaz matrimonio no fue más allá de una simple experiencia en su ajetreada vida.

—Lo imagino fácilmente, conociendo a Daisy —sonreí, irónico.

—Bueno, Parrish, eso quedó atrás. Ahora ya sabe que no me detengo ante nada, con tal de hallar ese dinero. Soy siete años más viejo, pero no

renuncio. Ahora soy inspector general de mi compañía. Nadie se acuerda allí del dinero desaparecido. Yo, sí. No por mi porcentaje, en caso de recuperarlo, sino porque nunca fracasé hasta hoy en problema alguno. No quisiera que esta vez fuese diferente. Y no lo será.

—Orgullo profesional —dije—, Y obstinación.

—Exacto. Ahora ya sabe por qué está aquí conmigo. Ya sabe por qué fui a buscarle, por qué puse vigilancia en el Blue Cat...

—Sí, creo saberlo —convine—. ¿Cómo piensa sacarme la verdad? ¿Por medio de torturas o sometiéndome a la acción del pentothal sódico, pongamos por caso?

—De ninguna de las dos maneras —rió entre dientes—. Eso sería ridículamente dramático. Existen otros medios más idóneos y racionales.

—¿Por ejemplo...?

—Vigilar. Seguir a un hombre a todas partes. Poner sobre su pista a diversas personas. No descuidar nunca su vigilancia. No tener prisa. Un día u otro..., usted irá a por su dinero, esté donde esté. Ese día, yo estaré cerca, no lo dude.

—Es un aviso inoportuno. Puedo mantenerme en guardia, Newman.

—Manténgase en guardia. Me tiene sin cuidado. Yo no tengo prisa. Nunca la tengo. Sé esperar mi momento. Usted no siempre estará en tensión. Habrá un momento en que se relaje, en que se crea libre de vigilancia, en que precise dinero o se considere a salvo de todo peligro. Entonces será mi ocasión.

—¿No ha pensado en la posibilidad de que pierda su partida contra mí? —sonreí.

—Claro —también él sonrió—. Lo he medido todo previamente. Acepto los riesgos. Es como una partida de ajedrez, Parrish. Usted tiene las piezas blancas. Usted mueve primero. Yo me limito a seguirle el juego, esperando su descuido primero y último, para darle el jaque mate. Y en una partida así existe el riesgo de que sea yo quien cometa el error y pierda el rey.

—Procuraré que suceda así, Newman, aun en el supuesto de que ese dinero me sea preciso y tenga la posibilidad de recuperarlo en mi beneficio.

—Ese dinero no le pertenece. Ni a la empresa Reynolds tampoco. Ellos cobraron entonces su cantidad perdida, como sucede siempre en estos casos. Las grandes entidades financieras o industriales nunca pierden nada. Mi compañía sí pagó lo estipulado en el contrato de seguro. Y sólo recuperó doscientos setenta mil dólares.

—¿Cuánto le corresponderá a usted de la suma a recuperar, en el supuesto de que la llegue a reintegrar a su compañía? —me interesé.

—El veinticinco por ciento neto. Quizá el treinta ahora, a causa del tiempo transcurrido.

—Es una fuerte suma, Newman. Alrededor de sesenta mil dólares...

—Sí, es un dinero muy respetable. Pero no crea que ofreciéndome usted una cantidad similar o superior, yo renunciaría a mi empeño. Ya le dije que no es sólo el dinero a percibir, sino una cuestión de orgullo profesional y de obstinación. Nunca he fallado en una misión relacionada con una estafa, robo o engaño a mi compañía. Esta vez tampoco será así, palabra.

—Habla como si ya fuese el ganador —reí—. Y apenas si hemos movido un par de peones, Newman.

—A usted le toca hacer ahora la apertura —señaló el inspector de seguros fríamente—. Yo espero. Soy paciente, ya se lo dije. Y nada violento. Mi técnica se limita a esperar. Esperar siempre...

Apuré el whisky. Aquel individuo me irritaba. Me puse en pie, molesto.

—Sí, ya veo que sabe esperar —dije con acritud—. Lo hizo durante siete años. Y tal vez necesite esperar como mínimo otros siete para tener algún éxito..., si es que lo tiene alguna vez.

—No, Parrish —rechazó con energía, moviendo negativamente la cabeza—. No voy a tener que esperar tanto tiempo ahora. Lo sé. Me lo dice mi instinto, y ése rara vez me engaña. Presiento que muy pronto van a empezar a suceder cosas..., y mi ocasión estará cada vez más cercana. Seguro, Parrish...

Me encaminé a la salida de su vivienda, recuperando mi ajado abrigo de una percha. Newman parecía contemplar con cierta compasión mi aspecto triste, mis raídas ropas.

—Le dejo con sus ilusiones y esperanzas —dije—. Las personas como usted me ponen nervioso. Yo no sé esperar. No tengo paciencia. Ni siquiera sé cómo soporté estos años sin intentar evadirme de la prisión...

—Yo sí lo sé —sonrió glacialmente, alzando su vaso mediado de whisky, como en una especie de brindis, sin moverse de su asiento—. Es agradable esperar, aunque se sea impaciente, si al final del camino hay casi un cuarto de millón esperándole a uno, Parrish.

Sacudí la cabeza, abriendo la puerta de su apartamento.

—Eso es lo que usted dice —repliqué—. Tal vez esté en un error, Newman.

Y cerré tras de mí con un portazo. Me alejé hacia el ascensor. Pero tenía la impresión de que los ojos grises y taladrantes de Burt Newman me seguían, flotando en el aire, pese a que no descubrí a nadie en torno mío, ni en el corredor ni en el ascensor. Ni tampoco abajo, en la calle, cuando salí de nuevo a la intemperie de la noche invernal.

Aparentemente, nadie me seguía. Nadie me vigilaba. Pero Burt Newman, el inspector de seguros, era hombre capaz de ir implacablemente tras de uno, sin que su presencia fuese jamás

advertida.

* * *

No era tan evocador ni tan pintoresco como el Blue Cat. Pero era un buen club nocturno. Quizá el mejor que poseía Duke Diamond en todo Nueva York.

No era demasiado amplio tampoco. Ni siquiera lujoso. No lo necesitaba. El Tropicana poseía una atmósfera alegre, música sudamericana, y una decoración tan tórrida y multicolor como las mujeres que allí bailaban o cantaban.

Las había rubias, pelirrojas, bronceadas mulatas de curvas agresivas, e incluso muchachas negras, de oscura piel y abultados labios, con el inconfundible ritmo de sus canciones *soul*.

Deambulé por el local, con mi segundo whisky, mientras dos mulatas mellizas se movían frenéticamente entre las luminosas palmeras de la pista, arrancando exclamaciones de admiración de los encandilados clientes que intentaban, en vano, seguir con los ojos el endiablado ritmo de sus caderas.

El espectáculo me tenía sin cuidado. Aquella visita era casi como un desafío. Si Duke Diamond o alguno de sus esbirros de confianza andaba por allí, iba a sentirse muy disgustado con mi presencia, repleto cómo iba de apósitos adhesivos por manos y rostro, pero con una fría sonrisa de agresividad en los labios.

Me detuve al final del largo mostrador, y fui saboreando mi whisky, sin quitar los ojos de los clientes reunidos en la sala. Buscaba algún rostro conocido, sin mucho éxito por el momento.

Recordaba vagamente que Daisy Kent acostumbraba a frecuentar este local, cuando no estaba en el Blue Cat, como era su costumbre. Pero de eso hacía ya siete años. Es mucho tiempo para mantenerse fiel a ciertas costumbres. Daisy Kent había sido, incluso, la esposa de Burt Newman. Después de eso, todo era posible ahora.

Incluso que Daisy Kent hubiera desaparecido de sus ambientes habituales, para no volver más a ellos.

Las mulatas terminaron su actuación entre estruendosas ovaciones. A medida que se iban retirando, otras figuras aparecían en la pista, a los acordes de nuevos ritmos cálidos y tropicales. Mi indiferencia por todo ello era total. De súbito, giré la cabeza, inquieto. Esa extraña sensación que uno advierte cuando le vigilan había hecho presa en mí.

Busqué con la mirada, sin descubrir nada especial en principio. Nadie parecía especialmente preocupado por mi persona, pero el aguijonazo de aquella sensación extraña quedó en mí como un hormigueo inquietante. Esperé un poco. Casi podía percibir en mi nuca

el roce sutil de una mirada, taladrándome...

Esta vez di media vuelta brusca, clavando mis 'ojos a espaldas mías, en el lugar donde mi instinto me avisaba de la presencia de *alguien*.

Y lo encontré.

Era un hombre enjuto, serio, de ojos redondos, nariz afilada y boca de delgados labios. Su cabello era muy negro y lustroso. Vestía un smoking impecable, color azul marino, de solapas redondeadas.

Le reconocí. Fui directo hacia él. Le vi desviar sus ojos de pez extraño, y humedecer sus labios con la punta de la lengua. Me planté ante él, cuando pretendía alejarse hacia algún otro punto de la sala.

—Hola, señor Hogan —saludé fríamente—. Señor Shelby Hogan, ¿verdad? Antiguo administrador y jefe de oficinas de la empresa Reynolds, donde Mortimer Wayne robó medio millón de dólares...

El me contempló, perplejo, con acritud y sorpresa. Luego, rechazó con aspereza:

—Tiene usted una ventaja sobre mí, señor. Me conoce perfectamente... y yo a usted no le conozco en absoluto.

—Me conoce, aunque no me recuerde —repliqué, incisivo—. Soy Roy Parrish, el hombre que mató al ladrón de su empresa...

No me quitó los ojos de encima. Su boca era una línea dura y prieta. Luego, de repente, meneó la cabeza de un lado a otro.

—Miente —dijo—. Usted no es Roy Parrish. Ni siquiera se parece a él, señor.

Capítulo V

OTRA vez la misma enloquecedora situación.

La negativa de un hombre a reconocerme. Más rotunda, seca y precisa que todas las demás:

«Miente. Usted no es Roy Parrish. Ni siquiera se parece a él...»

Era un disparate. Yo *sabía* que era Roy Parrish. Lo que ignoraba era qué oscuro y siniestro complot podía existir entre tanta gente, para que sólo un hombre, precisamente otro enemigo mío, Burt Newman, me recordase con nitidez y aceptara mi identidad real como buena, sin entrar en absurdas negativas.

Mi esposa, el sargento Clarke, otros vecinos... Luego, Duke Diamond..., y ahora, Shelby Hogan, administrador de la factoría Reynolds, víctima del gran robo de siete años atrás, por valor de medio millón.

No me enfurecí esta vez. Ni siquiera me sentí sorprendido. Empezaba a habituarme a tan extraño y misterioso juego. Le miré, sarcástico, frío. Con agresividad.

—Entonces era también un habitual del Blue Cat. Y de este local, señor Hogan —le recordé—. Veo que no han cambiado sus costumbres en tantos años.

—Está loco —se encogió de hombros—. Usted es un perfecto desconocido, señor.

Intentó alejarse de mí. Yo disparé unas palabras con sequedad:

—Al principio se dijo que Mortimer debió tener ayudas internas en la fábrica para cometer aquel robo. ¿No hubo quien se preguntó si usted tendría algo que ver en todo ello, señor Hogan?

Se volvió a mí como si le hubiera picado un áspid.

—Si repite usted algo así, le haré procesar por calumnia, señor —me avisó, tajante—. En aquel desgraciado asunto, mi papel quedó pronto bien claro. No tolero insidias. La mejor prueba de ello es que el señor Hamilton Reynolds en persona, como presidente del Consejo de Administración de Reynolds Limited, y su hija Stella como directora general de la entidad, me confirmaron su confianza, y actualmente soy algo más que administrador y jefe de oficinas de personal. Sea usted quien sea, sepa que yo, Shelby Hogan, soy director general de Reynolds Limited, en el puesto de la señorita Stella Reynolds, y ella ha pasado a la

vicepresidencia de la entidad. Si usted fuese Roy Parrish realmente, su acusación carecería de sentido, porque Roy Parrish fue simplemente un asesino y un ladrón, mezclado con otros ladrones. Pero incluso en ese terreno puedo ponerle en dificultades..., porque usted *no es* Roy Parrish, ni tiene con él parecido físico alguno, en lo que a su rostro se refiere.

—¿Cómo puede estar tan seguro de lo que dice? —repliqué, irónico—. Yo no le he acusado de nada, señor

Hogan. Sólo recordé ciertos viejos rumores sobre usted... En cuanto a mi persona, ignoraba que usted se hubiera preocupado de Roy Parrish hasta el punto de recordar claramente el rostro que entonces pudiera yo tener... Aunque no debió de ser muy fiel ese recuerdo, cuando niega que yo sea quien realmente soy.

—No sé si es un loco o un importuno —objetó Hogan, acerando su tono cada vez más—. Pero si no se retira inmediatamente y deja de molestarme, voy a crearle serias dificultades, sea usted quien sea. Buenas noches.

Se alejó, altivo, solemne, como si realmente se sintiera herido en lo más íntimo por mis sospechas.

Yo me quedé nuevamente solo. Pensando en aquel extraño Shelby Hogan. Pero también en lo rotundo y frío de su afirmación. Y, sobre todo, preguntándome qué sucedía respecto a mí.

Una enloquecedora pregunta que no parecía tener respuesta...

* * *

Abandoné el Tropicana poco más tarde. No había sacado nada en limpio de la visita nocturna al viejo local de mis recuerdos. Ni Duke Diamond, ni ninguno de sus compinches..., ni tan siquiera una huella de Daisy Kent.

En cuanto a mi encuentro con el antiguo administrador de la Reynolds, no parecía aportar ninguna luz sobre mi problema. Antes al contrario, lo oscurecía aún más, como si estuviese sumergido en un maldito mar de tinta china, negra y densa, que se adhería viscosamente a mí, arrastrándome a su fondo.

Salí a la calle. El frío de la noche cortaba el rostro y penetraba hasta la médula en mi cuerpo mal abrigado. Tal vez tendría que reducir al día siguiente mi pequeño caudal de reserva haciendo algunas compras inevitables. El invierno era excesivamente crudo. Y no había grandes esperanzas de reunir más dinero en fecha inmediata.

Caminé, buscando algún taxi para dirigirme a algún sitio a descansar. Peggy me había pedido que acudiese a su casa esa noche también, pero me resistía a aceptar su ofrecimiento. Tenía que ir pensando en abrimme paso por mí mismo. Sin Peggy, sin mi esposa

Gladys. Sin nadie.

Solo en la ciudad. Solo en aquella selva infinita de cemento y asfalto. Dudando incluso de mí mismo y de mi personalidad...

De repente, la vi a ella.

Estaba parando su coche ante el Tropicana. Conducía un «Chevrolet» azul brillante, moderno y atractivo. Había prosperado mucho, sin duda. Antes no tenía automóvil. Tampoco abrigo de pieles, como ahora. Ni joyas.

Me precipité al automóvil. Abrí la portezuela del otro lado. Me metí en el asiento, junto a ella.

—Buenas noches, Daisy —saludé—. Vamos, sigue conduciendo. Ve a cualquier parte. Tenemos que hablar.

Ella me miró, abriendo mucho sus ojos. Era una muñeca encantadora. Siempre lo había sido. Ahora, el lujo la hacía aparecer aún más sugestiva, pese a los años transcurridos. El cabello tenía un tinte más brillante, de un rubio platinado casi. El maquillaje disimulaba bien su treintena de años. Parecía mucho más joven. Las piernas, apoyadas en acelerador y embrague, eran realmente bellas aún, y bien formadas. Las exhibía con generosidad, y no intentó cubrirlas cuando me senté a su lado.

Para mi sorpresa, no dijo nada. Se limitó a seguir adelante. Luego, al doblar la esquina, abrió al fin los labios con una sequedad sorprendente:

—¿Y ahora qué va a suceder? —indagó, con frialdad.

La miré, enarcando las cejas. Eso mismo me preguntaba yo. Traté de mostrarme firme, seguro de mí mismo:

—No sé —confesé—. Depende de ti, imagino.

—¿De mí? —la vi estremecerse. Su bien formado busto, se agitó al respirar hondo—. Creí que mi decisión importaría poco en este caso.

—No importa tan poco como supones. ¿Qué me dices de Burt Newman?

—Oh, él... —se encogió de hombros—. Nada. Es agua pasada. Eso acabó.

—Muy bien. Acabó. Pero hubo algo más. Tiene que haber algo más. Y tú lo sabes, Daisy Kent.

Capté por el retrovisor su ojeada entre sorprendida y temerosa. Parecía tenerme miedo. Me pregunto por qué. De repente, recordé algo. Salvo Newman, todos decían desconocerme. Ella no había mostrado sorpresa ni nada parecido. Acogió las cosas como eran. Con una naturalidad pasmosa.

—Yo no sé nada —me replicó, insegura—. Ya lo dije otras veces. No hay motivo para mezclarme en todo eso. No quiero saber más de ese feo asunto.

—¿Feo asunto? —me incliné hacia ella. Puse mi mano en su muslo y

no hizo objeción alguna. Observé que le temblaba ligeramente la pierna, como si estuviera sometida a una rara tensión interior. De repente, la espeté—: Tú no actúas como los demás, cuando menos, Daisy. No finges ni andas con historias ridículas. Me has conocido y aceptas las cosas como son, ¿no es cierto?

—¿Yo? —paró ante un semáforo en rojo, y me dirigió una mirada perpleja—. No entiendo. ¿Qué quiere decir eso?

—Daisy tú sabes..., tú sabes que yo soy Roy Parrish, ¿verdad? —suspiré.

Ella se echó atrás, aturrida. Me miró con ojos dilatados.

—Cielos —dijo—. ¿Qué tontería es esa? Yo nunca le he visto a usted..., pero imagino que está aquí a causa de Roy Parrish, precisamente. Pero, desde luego, si pretende hacerse pasar por él, vale más que no lo intente nunca. Nadie que haya conocido a Roy le aceptaría a usted como tal.

Me quedé callado. Sombrío. Aquello era ya demasiado. Daisy Kent. Una amigueta mía de entonces, de otros tiempos... La mujer que se decía fue mi cómplice en la muerte de Mortimer Wayne...

—Esto ha de terminar —dije rudamente—. Daisy, ¿qué está sucediendo aquí? ¿Qué juego sucio e inexplicable os traéis todos entre manos, con la única excepción de Burt Newman? ¡Yo soy Roy Parrish, y tú bien lo sabes! ¡Vas a hablar de una maldita vez por todas, puesto que tú pareces saber muy bien lo que ocurre, Daisy! ¡Y juro que te haré soltar hasta la última palabra, aunque tenga que arrancarte a tiras esa preciosa piel!

Ella gritó, metiendo el freno de golpe, tras haber salvado el semáforo. Yo estiré la mano, agarrándola por su vestido con ira. Me sorprendió con un violento salto atrás, abriendo la portezuela y arrojándose a la calle. Me quedé con un jirón de su vestido rasgado entre los dedos, y ella cubrió con su abrigo de pieles, del mejor modo posible, la desnudez de su torso, al tiempo que chillaba en medio de la calzada:

—¡Un loco me ha agredido! ¡Quiere asesinarme! ¡Es un demente homicida, está en mi coche! ¡Ayúdenme, por Dios!..

Vi aparecer, al final de la celda, la luz parpadeante sobre el techo de un coche-patrulla. Me puse rígido. La penitenciaría fue un recuerdo doloroso que acudía a mi mente. Rápido, tomé una decisión.

Cerré de golpe la portezuela, di un viraje al coche, saltando al volante, y lo metí por la bocacalle inmediata, acelerando en la noche, y comenzando a describir diversas maniobras para burlar la persecución de que sería objeto, sin duda alguna.

Abandoné el coche de Daisy Kent en un pasaje, cosa de siete u ocho manzanas más lejos, mientras el ulular del coche policial se percibía más

y más cerca. Salté a la calle, y corrí a ocultarme en los bajos de un edificio típicamente neoyorquino, con su escalera descendente hacia la portería y los bajos.

Cuando salí de allí, ya no se oía sirena policial alguna. Jadeante, mirando en torno mío con inquietud, eché a andar en la noche, buscando un taxi para desplazarme lo más lejos posible, aunque fuese a casa de Peggy nuevamente, para eludir toda persecución policíaca.

Mi empeño con Daisy Kent había fracasado también. Todo continuaba en tinieblas en torno mío. Pero ella había parecido mezclada en algo relacionado conmigo de algún modo, a juzgar por lo que dijo. Quizá era cierto que me tomó por un desconocido al servicio de alguien, fuese enviado de Duke Diamond o de quien fuese. Pero de un modo o de otro, los hilos de la trama se estaban moviendo sigilosamente en la ciudad.

Lo peor de todo es que los hilos de aquella tela de araña parecían enroscarse en torno mío, cada vez con más fuerza.

Llegué ante la vivienda de Peggy. Despedí el taxi. Ella me había dado una llave de la puerta de abajo, por si quería ir cuando no estuviese en casa. La utilicé, y poco después estaba ante la puerta de su apartamento, que también abrí con el juego de llaves que me proporcionara la muchacha.

Me sentía realmente fatigado, vencido por el agotamiento y por la tensión de aquellas últimas horas. Eran demasiadas emociones en poco tiempo para un hombre que acaba de volver a la vida.

Las luces del apartamento estaban apagadas, con la excepción del dormitorio, allá al fondo. Sonreí. Peggy acaso no había conciliado el sueño, y había regresado pronto, para esperarme, convencida de que acudiría también esta noche.

—Tuviste razón —dije, caminando hacia el fondo de la casa—. Hoy he descubierto algo, Peggy: no tengo amigos. Nadie cree en mí ni me acepta. Sólo tú en toda esta maldita ciudad. Tú, muchacha...

Llegué a la puerta del dormitorio. Había quitado el abrigo de mis hombros, tirándolo al paso sobre el sofá del *living*. Ahora me estaba quitando la chaqueta. Y con ella me quedé, a punto de salir de mis brazos.

Clavé la mirada en el lecho de Peggy, la muñeca rubia de la noche. No podía dar crédito a mis ojos.

Pero allí estaba ella. Tendida en su cama. Con su corto batín enroscado sobre sus muslos desnudos. Con los ojos fijos en el techo. Sin ver nada ya.

Estaba muerta.

Alguien había asesinado a Peggy.

Capítulo VI

ASESINADA...

La contemplé trémulo. Lleno de horror.

Enfrentarse así, brusca, brutalmente, a una forma de muerte semejante, resultaba demasiado horrible incluso para un reo convicto de homicidio.

No era igual matar a un ladrón, con una pistola automática, que encararse a una muchacha indefensa, a quien alguien, con ferocidad, había matado a golpes de cuchillo, convirtiendo su torso en un tumulto escarlata que había fluido de los tajos profundos en sus senos.

Tenía las manos ligadas a la espalda, lo mismo que sus tobillos. Habían utilizado cordones de seda de los cortinajes de su puerta-balcón a la terraza. Una vez inmóvil, ella había sido víctima de la cobarde, brutal agresión despiadada.

Y lo que era peor: estaba temiendo que, antes de la muerte, había sufrido tortura. Mostraba señales de quemaduras en sus uñas. Y punzadas en sus mejillas, en su pecho...

—Torturada... ¿Por qué, Dios mío? —musité, mirándola con horror y profunda piedad. Y también con un odio desatado hacia los asesinos...

Rodeé el lecho, sin entender nada de todo aquello. En la boca de la muchacha había algo, un trapo arrugado. Una mordaza para ahogar sus gritos mientras la torturaban, en un interrogatorio cruel. ¿Qué podía ocultar una muchacha como ella? ¿Por qué ensañarse de ese modo?

La sospecha atroz rondó mi mente. Acaso... acaso era yo el responsable de todo aquello. Yo...

Había mucho dinero en juego. Mucho dinero por medio. Casi un cuarto de millón en billetes sin marcar, sin numeración controlada... Resultaba demasiado casual que, apenas entablado conocimiento conmigo..., Peggy hubiera sido víctima de un asesino.

Anonadado, me dejé caer en el borde de la cama, contemplé las oscuras manchas rojas, la yerta figura de ella, el rostro horrorizado, las huellas del sufrimiento provocado. La desventurada mujer nada pudo decir sobre mí, porque nada sabía. Pero alguien pensó de diferente modo...

Salí del dormitorio. Encendí todas las luces, con lentitud. Lo recorrí todo. No había nadie más en la casa. Solamente ella y yo. Me pregunté

qué sucedería si la policía me encontraba allí ahora. El historial de Roy Parrish no era el más adecuado para salir con bien de todo aquello. Sospecharían de mí inmediatamente. Y ni siquiera estaba seguro de que pudiese llegar a demostrar que era inocente. Daisy hablaría de lo sucedido en su automóvil aquella noche... No había nada que me ayudase gran cosa. Era como un cerco que se cerrase implacable en torno mío.

No habían revuelto nada. No registraron. Por tanto, si buscaban algo, sabían que no estaba allí. Pero pensaban que Peggy sabía algo. Y cometieron su infame acción, en un esfuerzo inútil por llegar a saber lo que buscaban.

—Si yo soy el motivo, también peligraré ahora —me dije—. Al fracasar con ella, me buscarán a mí. Bien. Les esperaré. Ardo en deseos de saber quién fue capaz de algo así. Es una deuda que tengo pendiente desde hoy contigo, pobre Peggy, amiga mía...

Cerré sus ojos con suavidad. Luego, descolgué el teléfono. Marqué un número.

—¿Oiga? —pregunté—. ¿Policía? Les llamo para informarles de que se ha cometido un asesinato...

* * *

Había resultado sorprendentemente sencillo.

Primero fue la azotea vecina, luego el paso a la inmediata, el descenso por la pared posterior, la escalera de incendios, una ventana de guillotina cerrada, un vidrio roto silenciosamente, una mano que penetra y alza la falleba cerrada... Y nada más.

Ya estaba dentro. Lo demás era simple. Muy simple.

Me moví en la oscuridad, eludiendo los muebles para no producir ruido alguno. Finalmente hallé el dormitorio. Entré con sigilo, pegado al muro, tras notar que respiraba profundamente, sumida en el sueño.

Cuando me incliné sobre el lecho, tuve que actuar con rapidez. Si no lo hacía así, el escándalo iba a ser formidable. Aun de este modo, me preparé para lo peor.

Cubrí rápidamente su boca con una mano fuerte, segura. El otro brazo inmovilizó su cuerpo en el lecho. La única luz reinante entraba por una ventana, y era débil, aunque permitió que descubriese yo el repentino terror en sus ojos dilatados.

Se agitó en el lecho, forcejeó bajo las sábanas, pretendiendo liberarse, pero no se lo permití. Mi cuerpo oprimía el suyo, obligándola a la inmovilidad. Amordazaba con firmeza su boca, y retenía sus brazos contra su cuerpo.

—Por favor, no grites —musité—. No escandalices más, te lo ruego,

Gladys. Soy yo, Roy Parrish. Tu esposo.

Hubo gruñidos, intentos de morder mi mano, un forcejeo rabioso, exasperado. La dominé con dificultades. Su terror había aumentado considerablemente. Lo capté en la expresión de sus ojos enormemente abiertos, clavados en mí con verdadero pánico.

—No —susurré—. No, por Dios. No conduce a nada, entiéndelo. Si quisiera hacerte algún daño, no estaría hablando así. Quiero que dialoguemos, que charlemos amistosamente. Me aceptes o no como Roy Parrish, admitas o no que yo sea tu esposo, escúchame en silencio, te lo ruego. Y trata de razonar, de hablar con sensatez, sin histerismos, sin violencias. No sé lo que pueda suceder, pero sé que no eres tú sola quien niegas que yo sea tu esposo, Gladys. Son los demás, incluso mis enemigos... Estoy decidido a llegar al fondo de todo esto, de la forma que sea. Gladys, por favor. ¿No vas a ayudarme? Quizá eso te ayude también a ti misma.

Esperé en silencio. Ella continuaba mirándome con terror. Ahora, también con asombro. Mi modo de hablar, evidentemente, la aturdía. Pero aún se agitaba en el lecho. Estaba yo seguro de que en cuanto la soltase empezaría a escandalizar de nuevo, echándolo todo a rodar.

—Gladys, estoy dispuesto a admitirlo todo —dije, con exasperación, apurando las posibilidades—. Incluso... incluso aceptaré que no soy Roy Parrish, tu esposo. Llevo encima toda clase de documentos que dicen lo contrario. Y como Roy Parrish he salido de la prisión. Pero imaginemos..., no sé..., imaginemos que soy yo quien está anormal, desquiciado, quien de un modo inexplicable ha llegado a aceptar por cierta una mentira increíble. Estoy decidido a no discutir, sino a hablar. Hablar ambos. Luego, te prometo irme sin molestarte más y sin causarte la menor complicación. Pero esto no puede continuar así. Necesito saber, de una vez por todas, qué sucede. Y creo que nadie mejor que tú misma para ayudarme... Supongamos... supongamos, Gladys, llevando el absurdo a sus límites máximos..., que no nos conocemos. Que somos dos extraños. Que hemos de tratarnos, incluso, como tales. Yo... yo la respetaré así, Gladys. Le hablaré a *usted* como a una dama desconocida por completo. Señora Parrish, por favor: ¿puedo confiar en usted, hablarle durante unos minutos... y marcharme luego de nuevo, definitivamente?

Hubo un silencio. Sus ojos seguían muy abiertos, pero ya no leí pánico en ellos, sino un asombro sin límites y una desorientación total.

Luego, asintió con la cabeza. Era su respuesta.

Ahora tenía que fiarme de ella, confiar en que no hubiera un estallido de histerismo súbito que lo complicara todo. No tenía otro camino, de modo que aparté mi mano y esperé.

Ella recuperó el aliento. Respiró hondo. Se sentó en el lecho, cubriendo su cuerpo joven y firme. Los ojos pardos me miraron,

profundos, enigmáticos. Los labios carnosos se entreabrían, trémulos.

—¿Qué... qué desea usted saber realmente? —preguntó.

—No estoy seguro de ello. Creo que, ante todo, quiero saber quién soy o puedo ser yo mismo. Suena a disparatado, pero es así, señora. Hable con entera libertad. Recuerde que no tiene nada que temer, pese a lo insólito de esta entrevista. He querido eludir a toda posible clase de curiosos. Estoy en dificultades, y no quiero complicar más mi situación.

—Es natural que se vea en apuros. Su actitud de anoche fue increíble. La de ahora también en cierto modo. Pero me encuentro más calmada. Lo suficiente para discutir con usted el asunto. ¿Qué busca en concreto? ¿Dinero? ¿Pretende alguna clase de chantaje especial?

—No, señora Parrish. Creo estar seguro de que soy Roy Parrish. Eso es todo. Incluso alguien me ha aceptado como tal. Y es nada menos que el inspector de seguros Burt Newman.

—Sea quien fuere, le mintió. O no sabe lo que dijo.

—Yo también afirmo ser Roy Parrish. ¿Qué sucede para que todos me rechacen y lo nieguen rotundamente?

—¿Qué quiere que suceda? —se extrañó ella—. Que usted no es mi esposo. ¿Le parece poco?

—A veces creo volverme loco —me toqué las sienes—. Sé que soy Parrish. ¿Les ha pagado alguien a todos los que lo niegan? ¿O actúan coaccionados por alguna persona?

—Está diciendo tonterías otra vez. No hay coacción que valga. Sencillamente... es usted quien no dice la verdad, no los demás. No sé por qué lo hace, ni voy a protestar ahora de sus afirmaciones con escándalo. Hablemos amistosamente, como usted dice. ¿Qué espera conseguir con toda esa fantasía sin sentido? Los que conocieron a Roy, difícilmente pueden aceptarle a usted como si fuera él. Es de su misma estatura, esas ropas que lleva son las de él o muy parecidas..., pero eso es todo. Quizá incluso tienen la misma edad. Ahí termina todo, ¿se da cuenta? Es un error pretender engañar a personas que conocieron a Parrish perfectamente, diciendo que usted es él, compréndalo.

—Pero es que, aparte todo eso, existe un factor que lo malogra todo —respondí con un movimiento brusco de cabeza—. Yo mismo, señora Parrish. Yo... soy Roy Parrish.

—Su terquedad no conduce a nada, señor, sea usted quien sea —se exasperó ella—. ¿Cómo podría engañarme yo? ¿Cree que no hubiera reconocido a mi propio esposo, al volver él a su hogar, tras esos años de encarcelamiento?

—Señora Parrish, entonces respóndame a algo muy sencillo —la traté de acosar con la más fría e impersonal de las lógicas—. Si yo no soy quien digo ser... ¿dónde está ahora Roy Parrish, su esposo?

—Donde tiene que estar —suspiró, mirándome dolida—. ¿Dónde

cree usted que están siempre los muertos, si no es en sus tumbas?

—¿Qué? —mascullé, echándome atrás con un escalofrío—. ¿Qué está usted pretendiendo decirme con eso, señora Parrish?

—La única verdad: que Roy Parrish, mi esposo, está muerto.

* * *

«Aquí reposan los restos mortales de
Roy Parrish
Falleció el 19 de octubre de 1971.
Su esposa Gladys no le olvida.»

Contemplé la lápida en silencio. Absorto, sintiendo el frío recorriendo mi cuerpo, desde la espina dorsal al cerebro.

Pero ni siquiera el gélido clima de aquella mañana gris y triste podía afectarme ya. Era mucho más penetrante el frío que parecía subir de aquella tumba, en el cementerio de Queens ante la que me hallaba erguido. Contemplando mi propia tumba. Leyendo mi propia lápida. Enterándome ahora de que llevaba ya más de un año entre los muertos.

Más de un año lejos de la vida y de los seres que me rodeaban. Yo era quizá el primer hombre en el mundo que podía leer su propio epitafio sobre una lápida. El primero que visitaba su última morada en el cementerio...

Gladys no me había engañado. Estaba muerto. Yo estaba muerto, y ni siquiera me había enterado de ello.

Volví lentamente hacia la salida del recinto fúnebre. Ella esperaba allí. Vestida de gris. Sobria, silenciosa, como esperando mi reacción. Sus pardos ojos estaban fijos en mí con una expresión tensa. Parecía tan desconcertada como yo mismo.

—¿Convencido? —musitó.

—Sí —afirmé—. He visto la lápida, la tumba... Pero eso no quiere decir nada, señora. No significa nada para mí. La persona que yace bajo esa piedra y esa cruz...

—...Es él. Roy Parrish en persona, no le quepa duda —suspiró, moviendo la cabeza con energía—. Le acompañé hasta aquí. Vi cerrar su féretro antes de emprender la marcha. Estaba muerto. Y era él. Nadie puede dudarlo. Martin Clarke, mi vecino, también estuvo en el cortejo fúnebre. Esa tumba es auténtica. El hombre que la ocupa también. No hay error. Nunca lo hubo.

—Pero..., pero entonces, si Roy Parrish está muerto... ¿quién soy yo? —murmuré, con un escalofrío.

—No lo sé, señor. No sé nada de usted, si es eso a lo que se refiere.

No sé absolutamente nada, salvo que afirma ser un hombre que ya no existe, y al que yo en modo alguno hubiera podido confundir con nadie. Esa es la única verdad posible.

Hubiera podido decir muchas cosas. No dije nada, sin embargo. Eché a andar, alejándome del cementerio. Ella caminó a mi lado, también en silencio. El suelo nevado crujía bajo nuestro calzado. Creo que me estaba mirando de soslayo la viuda Parrish. Pero no podía estar seguro de ello, porque no la miré, absorto en mis pensamientos.

—¿Qué sucedió exactamente? —indagué con voz ronca.

—Roy enfermó en prisión. Era un mal incurable. Ya imaginará cuál. Un tumor que le llevaría al sepulcro. Le dejaron en libertad para que pudiera morir en casa, junto a mí. Y así sucedió todo.

Me parecía inverosímil que estuvieran hablando así de un hombre muerto que se llamó Roy Parrish. Yo era ese hombre. Ocurriese lo que ocurriese, era yo mismo. Conocía a Gladys, conocía el mundo de Roy Parrish. ¿Quién sino él, podía ser yo?

Pero era inútil hablar de todo eso. Lo había mencionado cien veces, con idéntico resultado negativo. Era mejor llevar la corriente a los acontecimientos, a lo que otros pensaban de los hechos. Y seguir refiriéndonos a Roy Parrish como a alguien ya difunto...

—¿Y el dinero, señora Parrish? —indagué.

—¿Qué dinero?

—Ya sabe a lo que me refiero. Nunca aparecieron los doscientos treinta mil dólares.

—¿Se refiere al dinero robado a Mortimer Wayne? —ella movió la cabeza de lado a lado—. No sé. Nunca lo supe. No me lo dijo él. Y yo no quise saberlo. No valía la pena. Nunca me gustó el dinero robado. Menos aún manchado de sangre. Roy vivió lleno de errores. Esos errores le llevaron a presidio. Mató a un hombre. Nunca lo negó. Y era capaz de hacerlo. Como lo era de tener amiguitas como Daisy Kent y otras. Y vivir una vida indigna de un hombre íntegro y honesto... Él era así, y yo no podía evitarlo.

—¿Y usted amó a Roy Parrish? —quise saber.

—Sí. Le amé mucho. Por eso supe perdonarle tantas cosas. Pero al final ya no era amor. Sólo lástima, compasión. El mismo perdió mi cariño. Y no hizo nada por recuperarlo, como tampoco antes hizo nada por ganarlo.

—Quisiera entender algo de todo esto... y no me es posible. Es como una pesadilla. Como vivir una vida propia y otra ajena, señora Parrish.

—Estoy pensando en ello desde que me habló anoche en casa —asintió la viuda—. Por eso me he prestado a acompañarle al cementerio. Usted me intriga y me preocupa. Veo que no miente a sabiendas. Lo extraño suyo es que está usted mismo convencido de que es Roy Parrish.

—Sí. Tengo que estarlo. Usted ha visto mis documentos de hace años...

—Por supuesto. Y aún tiene menos sentido. Su dirección, sus datos, son fidedignos. Sólo que usted... no es él. No puede serlo. Estoy seguro de que si llamo a la penitenciaría, me dirán que anteayer salió de ella un hombre llamado Roy Parrish. Sólo que eso no tendrá lógica ni razón de ser, porque él ya salió de esa penitenciaría hace más de un año, para morir en casa.

Seguimos andando en silencio. Me paré de repente.

—Queda una prueba más por hacer, señora Parrish. A pesar de usted, a pesar de ese cementerio y esa tumba. Y voy a llevarla a cabo, aunque resulte también negativa.

—¿Y es...?

—Visitar a otras dos personas que tendrían que conocer a Roy Parrish en persona.

—¿Quiénes?

—Hamilton Reynolds y su hija Stella.

—Los propietarios de las industrias Reynolds, donde trabajaba Mortimer Wayne, el compinche y rival de mi esposo... —se estremeció ella—. Sí, ellos conocieron a Roy. Y declararon sobre los hechos, cuando se le juzgó por el homicidio de Mortimer y la desaparición del resto del dinero robado, lo recuerdo bien.

—El caso es, señora, que yo también recuerdo todo eso, como si hubiera estado en el banquillo de los acusados —rae toqué, nervioso, las sienes—. Tengo esos recuerdos aquí dentro, como grabados indeleblemente. Por tanto, quiero saber si alguno de ellos me reconoce.

—¿Y... si no fuera así?

—Entonces, señora Parrish, volvería a la penitenciaría. A saber qué sucedió exactamente conmigo, quién soy yo en realidad... y quién era Roy Parrish.

—No sé cómo ha sucedido..., pero tiene que ser todo un error. Un error suyo, sea usted quien sea...

—Pero un error mío, señora Parrish, no pudo matar a una mujer anoche en su apartamento. Y eso es lo que sucedió. Cuando ella me esperaba, alguien la sorprendió, torturándola para arrancarle algo que creían que ella conocía, y asesinandola después para silenciar a un peligroso testigo...

—Pero eso que usted me ha contado ya antes..., ¿cree que está, forzosamente, relacionado con usted y con Roy? Esa chica era una muchacha de la calle, pudo ser agredida por cualquiera, con un motivo ajeno a todo ello...

—No. Algo me dice que ella ha muerto por creerla relacionada de algún modo conmigo, y por imaginarla conocedora de algún secreto de

gran valor. Un secreto que podría valer, pongamos por caso, doscientos treinta mil dólares exactamente.

—Ya le digo que, si en realidad Roy, como ya siempre he sospechado, ocultó ese dinero, al regresar para morir, no quiso revelarme dónde lo había escondido. Ni tan siquiera habló de ello. Su cerebro ya no funcionaba muy bien, a causa de su maligno tumor... y creo que los pocos días que sobrevivió en casa, no llegó a razonar totalmente, ni recordaba las cosas con claridad.

—Es la diferencia, entonces —repliqué—. Yo sí recuerdo bien todos los hechos de mi vida, señora Parrish. De la vida de Roy, si lo prefiere dicho así... Usted, su hogar, su vida en común, sus amistades y enemistades, sus amantes... Todo.

—¿Incluso su juventud, su adolescencia, su niñez? —insistió ella—. ¿Recuerda usted todo eso?

—Naturalmente, recordando cuanto recuerdo, usted comprenderá que me basta volver la vista atrás en el tiempo y... y... —me detuve, repentinamente petrificado, con un sudor frío bañando mi epidermis.

—Y... ¿qué, señor? —quiso saber Gladys Parrish.

—No sé... —murmuré roncamente—. Dios mío, no sé... de repente..., de repente me he dado cuenta de que... de que no recuerdo nada de mi adolescencia ni de mi niñez... Sólo..., sólo logro recordar... los últimos acontecimientos, todo lo anterior a mi encarcelamiento..., pero nada más...

Capítulo VII

STELLA Reynolds. La heredera del gran imperio industrial de Hamilton Reynolds. Hoy en día, su brazo rector también. Una mujer de energía y temperamento. Una gran capitana de empresa.

Hamilton Reynolds no podía ya sino presidir el Consejo de Administración y figurar al frente de su imperio como personaje simbólico. La silla de ruedas, tras su ataque de parálisis parcial, le retenía en una inmovilidad pasiva, irritante sin duda para un hombre de su combatividad y decisión. Ahora, ella, su hija, era quien decidía y actuaba por él. Y no le faltaba determinación, capacidad ni fuerza para ello. Stella Reynolds había sacrificado su propia vida a la empresa. Ahora, a sus treinta y tres o treinta y cuatro años, era una mujer soltera, fría y cerebral, capaz de manejar aquel poderoso imperio que llevaba su nombre.

Fue ella, Stella Reynolds, quien me recibió. No le di el nombre de Roy Parrish al visitarla. La prueba tenía que ser de otro modo. Hasta ahora, salvo en el caso de Burt Newman, había fracasado totalmente. Quizá de este modo fuera diferente.

—¿Señor Parker? —preguntó, con voz glacial, enfrentándose a mí, en el amplio salón destinado a las visitas.

—Sí, yo soy —afirmé, mirándola—, ¿No me recuerda, señorita Reynolds?

Sus ojos penetrantes, oscuros, me estudiaban desde detrás de sus gafas de montura de oro. Negó con la cabeza, despacio, tras revisar cada detalle de mi rostro. El nublado exterior, filtrándose por las grandes vidrieras, hacía parecer aún más opaco el oscuro de su cabello corto.

—No —negó—. No le recuerdo en absoluto.

—Yo a usted la recuerdo muy bien —dije. Y no mentía.

—Me habrá visto en publicaciones o en televisión —se expresó secamente—. Yo siempre recuerdo a toda persona con la que me cruzo en la vida. Dicen que soy una fisonomista fabulosa, señor Parker.

—Ya. Aun así, no me recuerda.

—No, no le recuerdo. Dudo mucho que le haya visto antes de ahora, pese a que usted dijo al presentarse que era un viejo amigo de los Reynolds... y su motivo de visita muy importante y de suma gravedad. Relacionado, según creo que dijo usted con...

—Con un asesinato —asentí, apacible—. Sí, señorita Reynolds. Con un asesinato. Y con mucho dinero de ustedes.

—¿Dinero nuestro? —las cejas de ella, bien perfiladas, dibujaron un doble arco malicioso. La mirada era puro hielo—. Temo no entender nada, señor Parker. Si el asunto no es en realidad de interés, será mejor que renuncie a entretener mi tiempo. Esta industria la dirijo yo, personalmente, y comprenderá que mis minutos son de auténtico oro.

—Lo sé. No le he mentido en las razones de mi visita, señorita Reynolds. La vi en el juicio contra Roy Parrish hace siete años. ¿Lo recuerda quizá?

—Yo recuerdo muy bien todas las cosas —se expresaba con voz áspera, cortante como el filo de una navaja—. Pero no veo qué tenga que ver esa cuestión con lo que antes expuso, señor Parker. Parece gustarle mucho la divagación... y yo no tengo tiempo para tales cosas. De modo que si no concreta inmediatamente, será mejor que demos por terminada la entrevista.

—Concretaré, señorita Reynolds —afirmé, amigando el ceño—. Roy Parrish se quedó una auténtica fortuna en metálico, tras matar a Mortimer Wayne. Ese dinero jamás ha aparecido.

—Me tiene perfectamente sin cuidado, señor Parker —su tono fue desabrido, crudo—. Egoístamente hablando, nuestra empresa obtuvo ya ese dinero hace muchos años, y sólo la entidad aseguradora lo perdió, como era natural. El asunto es viejo, y huele a polvoriento, aparte no servir para nada recordarlo. Si sigue divagando, es mejor que terminemos ya y...

—Espere un momento —corté, seco—. Anoche han asesinado a una persona en Manhattan. Y ese crimen también se relaciona con el dinero de las nóminas de la Reynolds Limited, señorita.

—Oh, esto ya resulta intolerable —se exaltó ella, sin alterar demasiado su frío aspecto—. Son una serie de incongruencias sin sentido, y he tenido demasiada paciencia con usted para atenderle. Ni le conozco, ni le vi nunca antes de ahora, ni...

—Señorita Reynolds, una mujer fue torturada y asesinada para que revelase cuanto sabía sobre Roy Parrish y el dinero robado entonces. Eso sucedía anoche. Yo hallé el cadáver. Y sospecho que a esa mujer le causó la muerte su relación conmigo. Porque para ella... yo era Roy Parrish. Y como tal he salido de prisión hace dos días.

Ella me estudió sin pestañear. Hostil, casi agresiva, irguiendo su esbelta, bien formada figura, que las ropas oscuras hacían más seca quizá.

—Usted no es Roy Parrish, por supuesto —cortó—. Y como eso culmina sus incongruencias y divagaciones, buenos días, señor Parker. La entrevista ha terminado.

—Señorita Reynolds, espere aún y...

—¡Buenos días! —repitió tajante.

Dio media vuelta. Y desapareció tras una puerta tapizada de cuero, claveteada con tachones dorados.

Respiré hondo. Era otro fracaso más. Contundente y preciso. Di media vuelta también. Era la hora de marcharme de allí. Stella Reynolds no había resultado precisamente demasiado asequible, y ello no me sorprendía. Su fama era justamente la que correspondía a tal carácter.

—Espere un momento, Parrish —sonó una voz tras de mí—. No se vaya aún.

Me volví. Era una gran sorpresa para mí oírme llamar ahora Parrish. Aún fue mayor mi sorpresa cuando me vi ante el hombre de pelo blanco y pálido rostro aguileño, sentado en la silla de ruedas que, tras surgir silenciosamente de detrás de unas cortinas, se deslizó hacia mí.

Hamilton Reynolds, amo y señor del gran imperio de su nombre, sí me aceptaba como Roy Parrish.

—¿No cree que se equivoca, señor Reynolds? —objeté—. Su hija ha dicho que yo no soy Roy Parrish.

—Ya lo he oído —rió entre dientes. Me miró y sacudió la cabeza de un lado a otro—. Pero yo sé que usted es Parrish. Estaba seguro de que vendría a verme.

—Señor Reynolds —insistí—. Comete un error. Roy Parrish ha muerto. Está enterrado en Queens. Su propia esposa ha negado que yo sea él.

—Eso es mentira —sostuvo él con energía—. Sé que usted es Roy Parrish, muchacho. Y que ha salido de la penitenciaría hace solamente dos días.

Me hubiera gustado que estuviese allí en este momento Gladys. Pero yo estaba solo ante el viejo magnate. El detuvo su silla rodante junto a mí. Alzó sus ojos para contemplarme. Me pregunté quién estaba en lo cierto, si él o Stella. Ya no era sólo Burt Newman, el inspector de seguros. También el viejo Reynolds afirmaba que yo era Roy Parrish. Si ahora no me volvía loco, no me volvería ya jamás.

—¿Cómo puede estar tan seguro usted de eso? —protesté—. Hace años que me vio en aquel proceso. No puede recordar bien mi rostro, señor Reynolds...

—¿Su rostro? —él rió entre dientes—. No, no es eso lo que me hace estar seguro. No podría diferenciarle de otra persona cualquiera, amigo mío. Estoy medio ciego, ¿no se ha dado cuenta? Mis ojos... van perdiendo la visión paulatinamente.

—Dios mío... —entonces advertí la opacidad de sus pupilas—. ¿Cómo puede entonces afirmar que yo soy Parrish? Mi voz no puede recordarla...

—No, claro que no. Pero sé lo suficiente: sé que un hombre llamado Roy Parrish salió de la penitenciaría con su condena cumplida. Y volvió a la vida. Eso sucedía hace solamente dos fechas. Siempre vi algo raro en la muerte súbita de Parrish. Ahora entiendo. Entonces fue un impostor para desorientar a los que siguen buscando el dinero desaparecido. Y hoy, en la actualidad, el verdadero Roy Parrish ha sido puesto en libertad, cuando todos le creen ya muerto. Sí, eso sí tiene sentido. La policía es muy inteligente, no hay duda. Y el teniente Lundigan es el más listo de los policías que jamás conocí.

—¿Lundigan? —le miré, pensativo—. ¿A qué se refiere?

—Es el hombre que me dijo un día que la mayor preocupación de la policía era dar con el dinero de Parrish, sin que otros hampones, como Duke Diamond y gente así, se mezclasen por medio, dificultando la labor de la policía en el rescate de ese dinero. Y que estaban planeando algo para que un día el propio Parrish les condujese al dinero desaparecido... Entonces aún estaba usted en la penitenciaría, muchacho. Lundigan no quiso decirme más, pero yo siempre estuve esperando una treta de ese hombre. Ahora lo entiendo todo. No hay duda. Sólo el verdadero Roy Parrish puede conducirle adonde está el dinero. Sólo Roy Parrish puede saber el escondrijo. Y usted es Parrish, de eso estoy convencido.

—Yo no lo estoy tanto, señor Reynolds —repliqué con cierta sequedad—. Voy a poner todo esto en claro de una vez, con Gladys Parrish y... con el teniente Lundigan y las autoridades de la penitenciaría. Estoy decidido a ello. Ahora más que nunca.

* * *

Gladys me contempló en silencio. Luego, miró en torno suyo, preocupada. Se estremeció al fijar la mirada en las ventanas abiertas a la tarde gris y nubosa, triste como un funeral. Y más aún en aquel lugar, a través de las rejas de las aberturas visibles.

—¿Por qué me hizo venir? —preguntó ella al fin.

—Aún no lo sé —confesé—. Le pedí que me acompañara, si sentía interés por saber la verdad acerca de Roy Parrish. Y usted, sin vacilar, aceptó.

—Quizá quiera salir de dudas —me miró, acercándose unos pasos, inquieta—. Este lugar, sin embargo, crispa mis nervios.

—Imagine los míos —suspiré.

—Habla como si realmente fuese Roy y hubiera pasado aquí esos años —me recordó ella, algo seca.

—Perdone —sacudí la cabeza—. Tal vez ahora vamos a salir definitivamente de dudas. Usted... y yo.

—Sí. Me temo que ya no queda otro remedio, amigo mío.

Me erguí. Giré la cabeza, sorprendido. También ella se volvió adonde sonara la voz. Nos vimos ante un hombre que a mí me resultaba completamente desconocido. Era alto, fuerte, de mediana edad e inteligentes ojos grises.

—¿Quién es usted? —quise saber.

El alcaide de la prisión, y un hombre con corta bata blanca, le escoltaban. Miré a los tres. El desconocido de ojos grises me mostró una credencial.

—Teniente Harry Lundigan, de homicidios —se presentó.

—¿Hay que decir que es un placer conocerle? —suspiré—. El viejo Reynolds me habló de usted.

—Oh, sí. Reynolds... —el policía sonrió—. No, no diga nada. Además, no acabamos de conocernos usted y yo, Mark. Nos hemos visto muy a menudo últimamente...

—Pues no recuerdo que... Eh, un momento —le miré con fijeza—. Me ha llamado... Mark.

—Sí, eso dije. Mark. ¿No le dice nada ese nombre?

—No —miré al alcaide. Al hombre de bata blanca. Me sonreían con rara expresión—. ¿Por qué «Mark»? Usted tiene que recordarme, alcaide. Salí de aquí hace muy poco. Soy... Roy Parrish...

—Salió de aquí como Roy Parrish —afirmó el alcaide.

—Pero nunca fue realmente Roy Parrish —convino el hombre de blanco.

* * *

Eso no aclaraba nada. No desvelaba el misterio. Sólo daba la razón, sorprendentemente, a Gladys. Y a muchos otros. Pero no a todos. Recordé algo. Protesté tímidamente:

—Eso es absurdo, señores. Burt Newman me identificó y...

—Burt Newman era el único que estaba en el secreto de nuestro juego, Mark —dijo Lundigan calmoso—. Siéntese, por favor. Y usted, señora Parrish, se lo ruego. Voy a hacerles la historia de un extraño y difícil experimento.

—¿Experimento? —me estremecí.

—Eso es. El doctor Dekker, aquí presente, es su creador —señaló al hombre de bata blanca—. También es un viejo amigo suyo, Mark.

—No le recuerdo tampoco. Sólo recuerdo al alcaide...

—Es que tenía que ser así, amigo mío. Quizá le parezca cruel, incluso inhumano. Pero llevábamos tiempo planeando esto. Y nos faltaba la persona adecuada. Creímos hallarla con usted, cuando ingresó en prisión

por un delito menor, y el examen médico reveló que padecía usted una aguda amnesia casi total. Ni siquiera recordaba su nombre o lo que hizo. Iban a enviarle a un centro médico penitenciario, pero el doctor Dekker, experto en psicología, y en psiquiatría criminal, dijo que usted podía ser la persona idónea, no sólo para pagar su deuda con la sociedad a través de un servicio a las autoridades, sino también para demostrar que sus métodos psicoterpéuticos podían dar resultado. El historial de Roy Parrish, las fotografías de sus amigos y familiares, la historia de los últimos años de su vida, los lugares que frecuentaba, los más mínimos detalles cotidianos sobre él, antes de ingresar en prisión, le fueron expuestos a usted en sesiones psicoterapéuticas, a las que unía el doctor sus medios de hipnosis y educación de su mente y de sus nuevos recuerdos, ajenos a usted. Día a día, habituado a repetir hechos y detalles, a ver fotografías, planos, textos y cuanto disponíamos para su aprendizaje, fue sabiendo de Roy Parrish casi tanto como podía saber él mismo. Pero Parrish había muerto, y usted tendría problemas para ocupar su puesto, ya que físicamente no es usted su doble, ni mucho menos.

—Entonces, ¿qué objeto tenía esa cruel experiencia? —se quejó Gladys—. Este hombre ha sufrido mucho creyéndose otra persona.

—Este hombre, señora Parrish, hubiera sido un amnésico delincuente, un vulgar preso con una condena corta por robo, de no ser por el experimento psíquico iniciado en él. Hicimos de un hombre sin pasado ni futuro, un personaje falso, pero consciente de sus actos, con un objetivo por cumplir. Sin él saberlo, era nuestro cebo viviente para dar con ese dinero desaparecido hace tiempo.

—El dinero de los Reynolds... —recité—. ¿Todo lo hicieron por eso?

—Por eso, y porque muchas cosas distan mucho de estar claras, en relación con aquellos sucesos de entonces. De lo que no queda duda, porque él mismo lo admitió, es de que Roy Parrish mató a Mortimer Wayne, pero todo lo demás permanece en la sombra. Parrish, antes de morir no quiso revelarnos nada a nosotros.

—Ni tampoco a mí —señaló su esposa—. Murió sin hablar del dinero. Su mente no funcionaba demasiado bien. El tumor era cerebral y...

—Sí, sabemos eso, señora —afirmó gravemente el teniente de homicidios—. Por eso Parrish, el falso Parrish sacado de la penitenciaría, con documentos preparados hábilmente, con una historia, unos rostros, unos nombres y unos lugares y costumbres fijos, grabados en su cerebro de modo perfecto, podía ser el revulsivo que todos esperábamos. Alguien iba a perder la serenidad al saber que otro Roy Parrish andaba por el mundo. Y tratando de poner eso en claro, intentaría algo: atacar por ejemplo al falso Parrish, si no le interesaba que éste fuera demasiado lejos en sus pasos, por otro lado diestramente proyectados y previstos en

el plan del doctor Dekker, puesto que era indudable que el primer paso, el retomo a casa, provocaría ya en él un *shock* tremendo, que le haría entrar en acción de alguna forma.

—Siempre he sido un simple conejo de indias, un vulgar cobaya —me quejé amargamente.

—No diga eso, Mark —me replicó Lundigan—. Usted, amigo mío, tiene por nombre verdadero Mark Loman. Su amnesia tal vez jamás se cure, y usted sería entonces un ser sin objeto en su vida. Además, sabemos que en su vida anterior era un simple maleante de poca monta, un hombre con un oscuro porvenir. Ahora tiene oportunidad de hacer algo mejor.

—¿Creen que habiendo creado una personalidad falsa a un hombre, pueden darle una oportunidad? —dudó Gladys Parrish.

—Sí, señor —afirmó el doctor Dekker—. Porque la enseñanza psiquiátrica ha introducido en la mente de Mark Loman un sentido de responsabilidad y honradez. Eso no lo perderá ya nunca, ni siquiera si vuelve a recordar su vida pasada, cosa que no creo le suceda por el momento, y de ocurrir llegará de un modo paulatino y lento.

—Pero entonces, ¿qué será realmente de él, terminado su... experimento? —se interesó Gladys.

—Elegirá su propia personalidad y su camino. En los meses de aprendizaje mental, sometido a hipnosis y procedimientos de retentiva electrónica, se le ha enseñado mucho más de cuanto sabía. Podrá trabajar y defenderse dignamente en la vida, estamos seguros. Virtualmente, se le moldeó una nueva personalidad que no será quizá la de Roy Parrish ni la de Mark Loman, sino otra nueva y definida.

—Eso es cierto, porque en nada se comporta parecido a mi esposo —convino ella—. Roy era mi marido, pero era un ser despreciable, teniente, y usted lo sabe.

—Desgraciadamente, sí —convino Lundigan.

Yo me creí obligado a saber algo que me tenía profundamente intrigado:

—Respecto a mi trabajo, ¿qué podían esperar realmente de mí? —quise que me informaran.

—Que llegase a la verdad. A la solución de la muerte de Mortimer Wayne, el misterio del atraco en la factoría Reynolds y, especialmente, el hallazgo del dinero, si realmente lo ocultó Parrish, como se creía.

—No puede decirse que haya triunfado —suspiré—. Ni he dado con la verdad, ni sé nada sobre ese dinero. Además..., una persona ha muerto, quizá por mi culpa.

—¿Peggy Daniels? —el teniente Lundigan hizo un movimiento de cabeza sombrío—. Admito que ése ha sido nuestro error. De todos nosotros, no suyo, Mark. Usted no podía prever semejante hecho, pero

nosotros sí. Estábamos obligados a prevenir un crimen así. La infortunada muchacha hizo dar un paso desesperado a alguien. Y le convirtió en un asesino. Pero no pudimos salvarla a ella, por desgracia. Lo único que podremos hacer es hacer justicia a su amiguita, Mark.

—Sí, eso también quisiera hacerlo yo —dije sordamente—. Peggy era una chica de la calle, pero eso no era quizá culpa de ella totalmente. Tenía buen corazón y era una buena muchacha. El canalla que hizo eso, debe pagar por ello. Si la ley no lo encuentra, yo lo haré en su lugar, esté seguro.

—No, usted no debe complicarse más en esto —rechazó Lundigan vivamente—. Recuerde que su propia vida podría peligrar ahora. Ha ido a demasiados sitios, ha hablado con gente peligrosa... Cualquiera de ellos podría desear su final, Mark. Aunque no crean que es Roy Parrish, se preguntarán si es un policía, un investigador tras una pista, o cosa parecida.

—Un investigador... Sí, me gustaría serlo. A veces, teniente, pienso que he encontrado algo raro en el asunto, lo busco mentalmente... y no lo encuentro. Noto que se me pierde en medio de un laberinto de ideas confusas. Y entonces sé que no sirvo para policía.

—No hable así —rió Lundigan entre dientes—. Si fuese de ese modo, muy pocos serviríamos, créame. Yo estoy tan en tinieblas como usted mismo pueda estarlo, muchacho. Imaginé que quien llamaba denunciando la muerte de Peggy era usted, pero no podía advertirle de que no huyera, que no tuviese temor alguno, que estábamos con usted... Por la misma razón se escapó anoche de un coche-patrulla, ¿no es cierto?

—Oh, sí —afirmé, ceñudo—. Daisy Kent... La que fue amante de Parrish, ¿no? Hicieron tan bien su trabajo en mi mente, doctor Dekker, que pensaba que era mi propia amante. Incluso hubiera podido afirmar en qué forma besaba esa chica...

—No sé si hubiera llegado a tanto nuestra ciencia —sonrió el médico—. Pero nos informamos minuciosamente de todo para serle sincero. Sobre Daisy Kent, nuestro informante mejor fue su ex marido, el inspector, de seguros Burt Newman. El colaboró en todo esto eficazmente.

—Ya —torcí el gesto—. Y hablando de Daisy nuevamente..., ¿cuál es su papel en todo esto?

—Supongo que ninguno —suspiró Lundigan—. Ella fue esposa de Newman por un tiempo, y no sucedió nada. Ese hombre es un lince. Si ella hubiera sabido algo, se lo hubiese sonsacado, seguro.

—Tal vez lo hizo —sugerí.

—¿Cómo? —Lundigan me miró con sobresalto—. No, no lo hizo. Newman no sabe nada sobre el paradero del dinero de Parrish,

recuérdelo.

—Era sólo una posibilidad, teniente. Bajo la apariencia de un hombre intachable, puede ocultarse un criminal inteligente. Y doscientos treinta mil dólares son bastante más que sesenta mil de porcentaje, incluso para un honesto y obstinado inspector de seguros.

—¿Sospecha de Newman? —se sorprendió el alcaide, pestañeando.

—Sospecho de todo el mundo —confesé—. Lo cierto es que Daisy sabe algo. Cuando yo subí a su coche, como sabía perfectamente que no podía ser Parrish, debió de haberse sobresaltado. Pero sin duda esperaba a alguien o al enviado de alguien, en relación con algún asunto, y creyó que era yo, hasta que empezó a notar algo raro en mí y, asustada, dio marcha atrás.

—¿Está seguro de eso, Mark?

—Estoy convencido, sí —afirmé.

—Entonces, vamos a sonsacarle la verdad a esa jovencita —masculló Lundigan.

—Será mejor que me dejen ir a mí delante —sugerí—. Es preferible que yo la visite y la maneje a mi antojo, teniente. ¿Por qué no me deja semejante privilegio, ya que he sido utilizado como cobaya en su famoso experimento, y como cebo posteriormente, sin contar con mi voluntad en ninguno de ambos casos?

—Ya le he dicho que ese juego puede ser ahora muy peligroso para usted. Creíamos movernos contra un ladrón, no contra un asesino.

—No se preocupe. A mí no van a asesinarme fácilmente, esté seguro. En cambio, Daisy Kent quizá hable antes conmigo que con la policía... si acierto a manejarla debidamente, conforme su modo de ser. Ya que me dieron tan minuciosos datos de su carácter y reacciones, deseo comprobar la excelencia de los métodos del doctor Dekker.

—Está bien, vaya delante —masculló Lundigan—. Nosotros le seguiremos muy de cerca. Una vez obtenga algo de ella, le bastará telefonear al número que le dé, Mark. Estaremos allí en pocos minutos. Y habrá también vigilancia cerca de donde usted se encuentre.

—Procure que esa vigilancia sea discreta. No me gustaría que su presencia pudiera ahuyentar antes de tiempo a la persona que mató a Peggy Daniels.

—¿Cree que esa persona pueda ser... Daisy Kent?

—No lo sé. Si ella no es, sabe algo sobre lo sucedido. Y si es así, les aseguro que se lo sacaré del modo que sea...

Lundigan afirmó, como si estuviera convencido de ello.

Capítulo VIII

EL teniente Lundigan debiera haber estado ahora allí. Hubiese comprendido que estaba en un error. Exactamente igual que yo.

Nadie iba a sonsacar ya nada a Daisy Kent. Ni yo, ni ninguna otra persona.

Los muertos no hablan nunca. Y ella estaba muerta. Y bien muerta.

Como en el caso de Peggy Daniels, su muerte había sido violenta. Casi feroz.

Un arma blanca, diestramente manejada, cortó su garganta de lado a lado. El degollamiento fue rápido y seguro. Mano fuerte y experta en matar la que actuara en esta ocasión.

El cadáver de Daisy Kent, con sus curvas espléndidas envueltas en los pliegues de una bata de baño, yacía dentro del aseo, contra la bañera, salpicada intensamente de rojo, lo mismo que el lavabo, el espejo y los grifos niquelados.

Era un desagradable espectáculo, pero empezaba a habituarme ya. Después de lo de Peggy, mi sorpresa y mi impresión eran mucho menores ya. Casi comprendía la frialdad con que policías y forenses se ocupan de tales cuestiones, a base de práctica rutinaria.

Caminé hasta el gabinete. Pensativo, me detuve junto a la mesita donde reposaba el teléfono. Lo miré, pensativo. A Lundigan no le iba a hacer demasiado feliz mi informe, pero yo no podía evitarlo. Las cosas eran de un modo, y era inútil silenciarlas ya.

Había rozado la piel de Daisy en el cuarto de aseo. Aún estaba tibia, pese a la sangre perdida. El crimen, por tanto, había sido cometido no hacía aún mucho tiempo, si es que mi sistema deductivo funcionaba bien, tras la extraña experiencia realizada en mi mente por el doctor Dekker, al descubrir que yo era un amnésico poco menos que incurable.

Me decidí. Levanté el teléfono. Era una carta tremendamente arriesgada. Recordé lo que él dijera: mi vida estaba también en juego. Y el asesino había cometido dos crímenes en las últimas horas. No dudaría en cometer un tercero.

Sin embargo, era quizá una ocasión única. Estaba seguro de que si ahora no daba resultado, jamás lo daría ya.

Descolgué el auricular. Marqué lentamente el número que me diera el teniente Lundigan. Pregunté por él.

—Sí —dijo su voz—. Aquí Lundigan. ¿Qué sucede, Mark?

Yo inicié mi actuación con toda sangre fría:

—Otro crimen —dije—. Han asesinado a Daisy Kent.

—¿Qué? —aulló la voz lejana de Lundigan—. ¿Qué es lo que dice?

—Lo que ha oído. La degollaron en el baño. Pero creo que esta vez el asesino sí dio un paso en falso total. Sé quién lo hizo.

—¿Qué diablos está hablando? —se excitó él—. ¿Está seguro de eso?

—Sí, teniente. Estoy seguro —afirmé—. Sé quién mató a Daisy. Y a Peggy. Conozco toda la verdad sobre el robo de la factoría Reynolds, sobre Roy Parrish y sobre Mortimer Wayne. Absolutamente todo, teniente. Puede venir hacia acá cuando quiera. Aunque mejor iré yo hacia allá ahora, a exponerle mi teoría. Podrá usted prepararlo todo para un arresto. No se sorprenda de lo que le relate. No será sino la pura y estricta verdad.

—Por Dios, Mark, que no puedo entenderle. ¿Cómo pudo llegar a saber la verdad? ¿Es que Daisy tal vez...?

—No es modo de hablarle de algo tan grave y delicado, teniente. Nos veremos pronto. Y tendrá el caso resuelto.

Colgué. No sabía cómo reaccionaría el oficial de policía. Pero sabía cómo podría hacerlo una persona culpable si me había escuchado.

Y mi instinto me decía que así había sido. El asesino, sin duda, no había salido de las proximidades del escenario de su delito. Lo importante es que diese crédito a mis palabras y jugase su propia baza. Si no... no habría ganado nada en absoluto.

Caminé por el *living*, encendiendo un cigarrillo. Me detuve, contemplando en el muro una fotografía enmarcada. Era una bella vista en color de un paisaje cercano a Nueva York. Y allá, en el fondo, el humo de chimeneas, unas grandes fábricas... Reconocí la gran factoría industrial de Hamilton Reynolds.

«Curiosa fotografía, en casa de Daisy Kent», pensé.

Y, de repente, la idea penetró de modo brutal en mi mente. El doctor Dekker había creado, sin duda, un nuevo y más atractivo Frankenstein, porque mi cerebro no podía haber sido siempre tan rápido.

Me maldije entre dientes por haber jugado tan fuerte. Aquella llamada telefónica...

Había sido un error. Porque ahora sí sabía... Estaba seguro de ello. Muy seguro. Y por primera vez encajaban las piezas del *puzzle*...

Aún estaba allí, erguido, la vista clavada en la fotografía, en el humo de las fábricas Reynolds, cuando sonó la fría voz acerada:

—Ya veo que sí descubrió la verdad... No mentía al hablar por teléfono, ¿eh, amigo? ¿O le gusta que le llame Roy Parrish?

Me volví despacio. Contemplé la pequeña pistola automática, prosista de silenciador. Y el rostro frío, como una helada máscara de

crueldad, decisión y energía, capaz de arrollarlo todo.

—Stella Reynolds... —murmuré—. La nueva emperatriz del imperio industrial... De modo que era usted...

—Bien lo sabía, ¿no es cierto? —silabeó ella con dureza.

—No —negué, risueño—. Lo ignoraba al telefonear. Pero sabía que usted andaba cerca e intervendría... Ahora, sí. Ahora he visto claro repentinamente... y he comprendido que usted mató a Peggy Daniels, a Daisy Kent y pagó el silencio de Roy Parrish para toda su vida, cuando él se deshizo de Mortimer Wayne, para entregarle a usted el dinero que necesitaban con urgencia, para salvar la industria en un momento de grave crisis financiera...

Ella me contemplaba con sus fríos ojos astutos, brillando tras las gafas de montura de oro.

—Lo acertó todo —dijo secamente. Señaló el cuadro—. Daisy Kent nunca debió quedarse con esa fotografía... Fue una estupidez de Parrish, antes de ir a presidio, al darle a ella el dinero de su trabajo a mi servicio, en aquella ocasión... No debió darle indicio alguno sobre la verdad. Por eso Daisy, cuando sospeché, tras su boda con Newman, la verdadera razón de todo, empezó a extorsionarme... Era muy lista esa granuja sin escrúpulos..., pero su propia ambición la mató.

—¿Y a Peggy? —la acusé—. ¿Qué la mató a ella, Stella Reynolds? No pedía nada, no quería nada la pobre muchacha... ¿Por qué tuvo que morir?

—Siempre he sido una persona muy bien informada de cuanto sucedía en torno mío. Así supe que de la penitenciaría había salido otro Roy Parrish. Me hizo sospechar una jugarreta de la policía. Imaginé que era algún agente. Acaso Parrish había hablado estando en prisión, yo no podía estar segura de eso. Por ello le hice vigilar, supe que vivía con esa mujerzuela... y la interrogué. La muy estúpida no habló, no quiso decir nada, pese al dolor. Irritada, terminé con ella. No me gusta perdonar vidas inútilmente. Ella sabía que yo era una mujer, aunque acudí enmascarada, y eso podía ser perjudicial para mí. Además, la vida de una mujer de esa clase, no vale nada.

—¿Qué cree que vale la suya, Stella? —la acusé fríamente—. Es un ser abyecto, despreciable por completo. No merece nada. Ni siquiera compasión. Es lástima que no exista pena de muerte en este Estado, para cuando usted sea condenada.

—Nunca me condenarán —rió despectiva—. Poseo demasiada fuerza y dinero. Los malos tiempos, de cuando hicimos cometer a Mortimer aquel supuesto robo, para manejar el dinero y recibir el que nos diese la compañía aseguradora, quedaron atrás. Volvimos a ser el mismo gran imperio que habíamos sido, el que nadie pensó nunca que estuviera al borde del desastre. Papá se asustó, pero yo arreglé las cosas. Él tenía

miedo. Yo, no. Nunca lo tuve. Mortimer sabía la verdad y actuó de acuerdo conmigo. Pero luego exigió mucho dinero, se quiso poner charlatán... Parrish fue nuestro ejecutor. Liquidó a Mortimer por orden mía. Parrish era diferente. Un granuja de baja especie, pero fiel a la palabra dada. Respetaba el código del honor en el hampa. Y así lo hizo. Nunca habló, ni siquiera al verse morir. Para todos, él guardaba el resto del dinero. Era la gran coartada. Medio millón era demasiado dinero para colmar a la compañía de seguros. Recuperada una parte, la otra, la que precisábamos para saldar deudas apremiantes que nos hubieran hundido sin remedio, sirvió para levantar nuestro gran imperio industrial.

—Es una sucia historia. No hay ningún imperio que merezca levantarse sobre sangre inocente, Stella.

—Su criterio me importa poco. ¿Quién es usted exactamente? ¿Un policía o un confidente?

—Tal vez nada de eso —sonreí con acritud—. Y un poco de todo. De cualquier modo, descubrí la verdad. Llegué al fondo del asunto. Si me mata, otros podrán hacerlo después.

—No. Nadie llegará tan lejos. Usted es muy listo. No me gustó, cuando le vi hoy en mi fábrica. No me pareció de fiar. Demasiado astuto y entrometido. Me prometí vigilarle estrechamente. Noté que es usted infinitamente más peligroso que el propio Burt Newman y su compañía de seguros. Y no me he equivocado. Pero aquí termina su historia. Definitivamente. Sea usted quien sea... buen viaje a la eternidad.

Y adelantó el arma, para disparar sobre mi cabeza, desde la ventana posterior por la que había entrado, al escuchar mi conversación telefónica, procedente de la terraza exterior.

Realmente, parecía que era mi pasaje de ida a la eternidad. Sin regreso posible.

* * *

De todos modos, lo intenté.

Tenía que intentarlo, ya que Lundigan y su gente no llegaba a tiempo. Y lo hice.

Salté adelante de modo brusco, imprevisible. Gritó ella roncamente. Y disparó contra mí la primera bala.

La recibí en el cuerpo, no supe exactamente dónde. Pero tras el seco taponazo del arma silenciosa, sentí la pieza de metal ardiente en mi cuerpo, taladrando mi carne y provocando un candente dolor en mis tejidos.

Había sido inevitable. Y ella iba a disparar otra vez, pero mi salto no se detuvo por el impacto de la bala, aunque sí se frenó un poco. Caí

sobre la mesa de teléfono, tal y como había calculado.

Derribé el mueble sobre sus piernas. Al mismo tiempo, mientras se me nublaba la vista y mis piernas flaqueaban, tiré el teléfono contra su mano. El cordón se enroscó en sus dedos, el aparato telefónico hizo descender bruscamente su mano armada, y la segunda bala se hincó, con otro sordo taponazo, en la alfombra del *living*, a mis pies.

Vi correr la sangre por mis ropas, pero no hice mucho caso de eso. Me limité a arrojarme sobre ella con todas mis energías, que no eran demasiadas, y le arranqué las gafas de un tirón, lanzándola después contra la pared.

Ella perdió en ese momento su arma, por culpa del enroscado cordón telefónico, y luego se fue contra la pared, donde se golpeó fuertemente.

Aun así, era una mujer resistente, vigorosa. Y luchaba por su vida, además. Todo eso la hacía todavía más temible.

La oí mascullar obscenidades entre dientes, mientras buscaba en sus ropas. Cuando sus dedos emergieron de entre sus arrogantes senos, me estremecí. Su mirada algo miope brillaba con fría ira... y en la mano aparecía un ancho cuchillo dentro de su funda de piel negra. Al extraerlo de esa funda, la hoja de acero centelleó, salpicada de rojo.

Era el arma que degolló a Daisy Kent. Gritó salvajemente, precipitándose contra mí, arma en alto. Mi cuerpo se vencía, mientras continuaba la hemorragia. Miré aquel acero que buscaba mi garganta y, desesperadamente, alcé el brazo. Recibí un tajo seco, incisivo, en mi antebrazo, rasgando ropa y piel. Sentí el dolor, y brotó también sangre.

Pero eso fue todo. Había logrado hincarle un taburete en la ingle, y retrocedió, sofocando un grito de dolor. Volví a la carga, descargándole esta vez el taburete en pleno cráneo.

La vi caer a mis pies pesadamente. Me apresuré, tambaleante, a buscar el arma silenciosa.

En ese momento, algo tardíamente, empecé a oír carreras en la escalera de incendios, y la voz de Lundigan gritó, desde el rellano de entrada al piso:

—¡Mark! ¡Mark! ¿Está usted bien? ¡Abra, o derribaré la puerta!

No abrí. No hubiera tenido fuerzas para ello.

Lundigan derribó la puerta, y el piso se llenó de policías armados. Señalé a la mujer caída en la alfombra.

—Es ella —musité—. Stella Reynolds... Ya le contaré, teniente...

—¡Dios mío, una Reynolds! —jadeó el teniente, asombrado—. ¿Está seguro?..

—Mire su cuchillo. Y el arma que yo tengo... Su arsenal, Lundigan. Me ha herido en dos puntos. Una bala y la hoja de acero. Adentro, en el baño, está Daisy

Kent... Puede esposar a esa mujer. Se ha terminado el asunto... y

creo que yo estoy terminando también.

Caí de bruces. Corrieron a asistirme, pero ya no me enteré de nada más. Ahora sí que me envolvían las tinieblas. Por completo, además.

* * *

—Bien... Ahora ya sabe quién es...

—Sí —asentí—. Mark Loman. Un antiguo ladronzuelo. No es muy halagador conocer el pasado de uno, señora Parrish...

—Por Dios, deje de llamarme así —sonrió ella—. Gladys es mi nombre. Así me llamaba cuando creía que yo era su esposa, ¿recuerda?

—Hay cosas que no se olvidan nunca, señora —suspiré—. Perdón... Gladys. No, ya no creo que sea nunca más un amnésico, palabra. Todo esto fue demasiado terrible para olvidar. Además, el doctor Dekker dice que mi amnesia fue de un tipo especial. Que no hay motivo para que se repita el hecho. Incluso es posible que vaya recordando poco a poco mi auténtico pasado, no el que ellos me «prefabricaron» en la penitenciaría.

—Debe aborrecer todo lo que le recuerde a Roy Parrish, ¿verdad, Mark?

—No, eso no. Me permitió hacer algo por los demás. Y quizá encontrarme a mí mismo, Gladys. Por otro lado, he conocido a personas admirables. Lundigan, el doctor Dekker... y usted.

—¿Yo? Por Dios, no diga eso. Me porté terriblemente con usted.

—No, Gladys. Ninguna mujer hubiese podido actuar de otro modo. Era algo inevitable. Un hecho tremendo, que no tenía sentido... De veras, Gladys. No puedo reprocharle nada. Al contrario. La noche en que entré en su habitación, tratando de poner las cosas en claro... usted se portó con gran valor y decisión.

—Bien, dejemos eso ahora. Usted es quien me preocupa. ¿Cómo van esas heridas?

—Oh, bien —afirmé—. El médico dice que podré volver pronto' a la vida normal. Por fortuna, esa mujer no pudo terminar conmigo, como ella esperaba. Soy duro de pelar, a lo que parece.

—Y cuando salga a la calle, cuando vuelva a su vida normal, ¿qué sucederá?

—No sé —suspiré—. Newman me ha notificado que tengo una importante recompensa por parte de la compañía de seguros... Es posible que eso signifique el principio de una época mejor...

—¿Y qué piensa hacer en esa nueva vida mejor?

—Trabajar, abrirme camino, olvidar lo que fui y lo que pude ser... No todos los hombres tienen oportunidad de cambiar su personalidad y su camino. Yo debo aprovechar esa circunstancia, Gladys.

—Está solo en el mundo, Mark.

—Sí, eso es cierto. No hay familia. Posiblemente ni siquiera amigos... Pero creo que puedo arrostrar eso también.

—Mark, de momento, ¿por qué no se queda en casa?

Necesitará alguien que cuide de usted. Yo podría hacer ese trabajo provisionalmente, en tanto usted decide qué camino seguir...

—¿No seré yo quien le traiga malos recuerdos, Gladys, si me ve usted cada día en su casa?

—No, al contrario. Olvidé a Roy Parrish definitivamente. El no merecía otra cosa. Todo lo hizo pensando en Daisy Kent, no en mí..., A ella le dio el dinero de su crimen... Sí, he aprendido muchas cosas esta vez. Y deseo olvidarlas pronto. El tener algo que hacer, como cuidar de un huésped casi familiar, resultará muy grato para mí.

—Me lo pinta de un modo que... que resulta tremendamente atractivo aceptar —sonreí—. Sí, Gladys. Siempre que no sea para usted un problema excesivo... acepto. Iré a su casa. Y cuando se canse de mí, me enría a la calle sin contemplaciones.

—Sí, palabra que lo haré —dijo.

Me miró de un modo raro y salió, dejándome en el lecho, pensativo.

Me había parecido notar una humedad suave en sus bonitos ojos pardos. Recordé que, según el experimento del doctor Dekker, yo había llegado a pensar que era el esposo de Gladys. Y que volvía a su lado.

Cuando la vi aquella lejana noche, era como si la hubiera conocido de siempre. Y me resultó agradable pensar que era mi esposa.

Ahora también era muy agradable pensar que iba a vivir en su casa, bajo su mismo techo.

Como si yo fuese realmente Roy Parrish...

O quizá era mejor así. Esas cosas nunca se saben. Y ella odiaba ahora el doloroso recuerdo de Roy Parrish. Quería olvidar.

Merecía olvidar. Yo la ayudaría, si eso me era posible. Después de todo, ella era joven, yo también... y muchas cosas que no fueron ciertas durante aquella extraña experiencia, podían serlo cualquier día.

Sí, cualquier día. Todo dependía de ella. Y de mí.

Y del destino, naturalmente.

F I N

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

**¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE**

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bruguera, S. A. publica en sus populares colecciones femeninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute de unas horas de grata lectura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

NOTAS

¹ Pentothal sódico, conocido también vulgarmente como «suero de la verdad».